

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1863. — TOMO XXII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 22. — N° 566.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

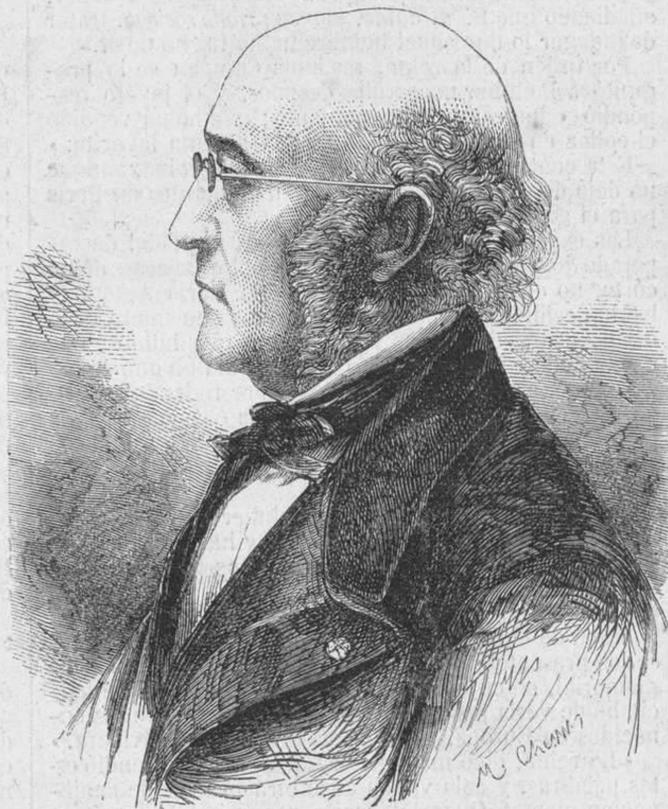
SUMARIO.

MM. Rouland, Rouher y Duruy; grabados. — El collar de la reina. — El milagro de Subiaco; grabados. — Nueva forma de árboles frutales; grabados. — Inundacion del Nilo; grabado. — Concurso de arados en el distrito de Saintes; grabado. — Revista de Paris. — El mundo. — La pluma. — El Paraiso en Paris; grabado. — El Infierno en Paris; grabado. — Paris y Londres en 1793. — Fábrica de ladrillos de M. E. Arnaud; grabados. — El Invierno; grabado. — Don Vicente G. Quesada. — Revista de la moda. — Problemas de ajedrez; grabado. — El conde de Ornano; grabado.

MM. Rouland, Rouher y Duruy.

A consecuencia del fallecimiento de M. Billault, ha habido en Francia una modificacion ministerial, en cuya virtud M. Rouher, ministro presidente del Consejo de Estado, ha sido nombrado ministro de Estado, en reemplazo del difunto; y M. Rouland, ex-ministro de la Instruccion pública y primer vicepresidente del Senado, ha entrado a ocupar el puesto de M. Rouher. Damos aqui los retratos de estos dos altos funcionarios, asi como tambien el de M. Duruy, ministro actual de la Instruccion pública.

M. Rouland nació en 1802. Despues de haber hecho sus estudios en el colegio de Ruan, siguió las clases de derecho y se dió a conocer en la magistratura



S. E. M. ROULAND,
ministro presidente del Consejo de Estado.

lucion de febrero. Habiendo salido del ministerio a consecuencia de un voto de censura de la asamblea contra todo el gabinete, volvió a entrar despues con MM. Baroche, Fould, etc., para salir de nuevo, aunque solo, por algunas semanas. El 2 de diciembre tomó otra vez los sellos y la cartera de la Justicia, y el 22 de enero de 1852 dió su dimision con tres de sus colegas con motivo del decreto sobre los bienes de la familia de Orleans. Posteriormente fué llamado a la vicepresidencia del Consejo de Estado, y en 1855 fué nombrado ministro de Obras públicas, en cuyo cargo se ha distinguido por sus tendencias libre-cambistas. M. Rouher es, con M. Michel Chevalier, el promovedor mas activo del tratado de comercio franco-ingles, y él ha firmado los decretos relativos a la libertad de la carniceria y la panaderia. Nombrado senador en 1856, es gran cruz de la Legion de Honor.

M. Duruy es un discipulo de la Escuela normal, y puede decirse que ha conseguido el baston de mariscal despues de haber pasado por todos los grados. Consagró su vida a enseñar la historia, primero a los alumnos del colegio de Reims, y luego a los del colegio de Enrique IV; ha compuesto para uso de la juventud toda clase de compendios geográficos é históricos, que han ejercido una influencia feliz en los estudios; ha dirigido en tiempo de Luis Felipe una publicacion en la que figuraban de colaboradores Teodosio Burette y Janoski, redactor del *Nacional*; la *Historia universal* publicada por el editor Hachette, aparece aun bajo su direccion. A esta tarea ha sido arrancado M. Victor Duruy para ocupar el ministerio de la Instruccion pública.



S. E. M. DURUY,
ministro de Instruccion pública.

como sustituto del procurador del rey en Louviers. Despues fué nombrado sucesivamente procurador del rey en Dieppe, sustituto en el tribunal civil de Ruan, sustituto del procurador general y abogado general. Procurador general del tribunal de Douai en 1843, fué nombrado en 1847 abogado general cerca del tribunal de casacion. Llamado a la diputacion en 1846 por los electores de Dieppe, fué desposeido de su mandato legislativo por la revolucion de febrero, a cuya consecuencia resignó sus funciones de abogado general para volver a ellas en 1849, cambiandolas en 1853 por las de procurador general cerca del tribunal imperial de Paris.

En 1856 M. Rouland fué llamado al ministerio de la Instruccion pública en reemplazo de M. Fortoul, y se distinguió levantando hasta cierto punto el nivel de los estudios y mejorando la posición de los profesores; por último fué reemplazado en el ministerio de la Instruccion pública por M. Victor Duruy, y ocupó el puesto de vicepresidente del Senado. Se espera mucho de M. Rouland como ministro orador, aunque hasta el dia no se haya señalado en el torneo de las discusiones politicas.

M. Rouher, nacido en 1813, era antes de 1848 un abogado distinguido del foro de Riom. Despues de la revolucion de febrero, fué enviado a la Constituyente por el departamento de Puy-de-Dome, y reelegido en el año siguiente para la Legislativa. En la primera de estas asambleas votó constantemente con la derecha; solo una vez se separó para apoyar la abolicion del impuesto sobre la sal.

Cuando la retirada del primer ministerio de Luis Napoleon, presidente de la república, M. Rouher sucedió en el ministerio de la Justicia a M. Odilon Barrot. En aquel tiempo fué cuando suscitó un alboroto en la asamblea llamando « una catástrofe » a la revo-



S. E. M. ROUHER,
nombrado ministro de Estado en reemplazo de M. Billault.

H. C.

El collar de la reina.

ESTUDIO HISTORICO.

Una contienda civil que acaba de fallar últimamente el tribunal del Sena entre los herederos beneficiarios del cardenal de Rohan y los del cesionario de los joyeros Böhmer y Bossange, ha renovado el recuerdo de aquel ruidoso *proceso del collar*, que en 1786, esto es, en visperas de la revolucion francesa, tomó el carácter de un suceso político y ocupó á la Europa, comprometiéndolo del modo mas fatal el nombre y la persona de la reina de Francia.

Las pasiones de aquel tiempo se han extinguido ya; y el *proceso del collar* no presenta en la actualidad sino el interés inherente á una causa célebre por el escándalo y por la importancia de los nombres que figuran en ella. Bajo este concepto, creemos agrandar á nuestros lectores ofreciéndoles un estudio histórico de los hechos, para cuyo relato hemos consultado no solo las Memorias y las crónicas mas autorizadas en la materia, sino diferentes documentos inéditos. Nuestros antiguos suscritores en toda América han leído con vivísimo interés la novela que sobre la intriga del collar ha escrito el afamado Alejandro Dumas, y esta circunstancia ha acabado de determinarnos á aprovechar la oportunidad que dejamos señalada, para tratar de contar aquí la verdadera historia del collar de la reina, que nos atrevemos á afirmar no presentara menor interés que aquella narracion novelesca, no obstante su carácter histórico.

I.

Entraremos desde luego en los hechos, y las personas que desempeñaron un papel en este acontecimiento tenebroso irán saliendo sucesivamente de la sombra.

A principios del reinado de Luis XVI, los joyeros de la corona Böhmer y Bossange compusieron un collar de varios hilos, en los que se veían los mejores diamantes que hubiese en aquel tiempo en el comercio. Este collar, destinado á una reina, estaba tasado en 1.600,000 libras, ó sean tres millones de francos.

A fines del reinado de Luis XV, Böhmer tuvo la idea de ofrecer esta preciosa alhaja á la favorita reinante, la Du Barry; pero la muerte del anciano rey impidió la realizacion de este propósito.

Luego pensó en la joven reina, y temiendo ser rehusado si hacia un ofrecimiento directo, quiso interesar en esta negociacion á M. de Campan, marido de la primera camarera de Maria Antonieta.

M. de Campan se negó á proponer semejante compra en una ocasion en que no se hablaba mas que de economías en la corte.

Todas las damas de honor declinaron igualmente el encargo, y en vista de esto Böhmer se dirigió al primer gentilhomme de armas de servicio en el cuarto del rey, quien consintió en presentar la joya.

Luis XVI admiró este collar único, incomparable, y quiso verle en el cuello de la joven reina. Maria Antonieta admiró tambien aquella espléndida coleccion de diamantes (era mujer y joven, y hermosa entre las hermosas); pero se acordó á tiempo de que era reina, y reina de un país esquilado por las prodigalidades de todo género.

— Mucho me afligiria, exclamó, que se gastase tanto dinero en hacer esta compra. Tengo muy buenos diamantes, y apenas me los pongo cuatro ó cinco veces al año. Que se devuelva este collar; en la hora en que estamos, mas necesidad tenemos de un navío que de una joya.

Böhmer habia vendido ya á la reina unas arracadas por el precio de 360,000 francos, que la reina pagaba anualmente de su bolsillo particular. Ahora bien, la reina recibia para sus gastos 400,000 libras, lo mismo que se daba en los dos reinados anteriores, y á pesar del enorme cambio que habia habido en todas las cosas, la pension no se aumentó con 200,000 libras mas hasta el nacimiento del delfín.

Después el rey habia regalado á la reina un aderezo de rubies y diamantes blancos, y un par de brazaletes de 200,000 libras. Con las alhajas traídas de Austria, la reina podia pues hallarse bien surtida, máxime siendo como era en su vestir y en sus costumbres de una sencillez alemana.

Un año habia trascurrido desde la primera tentativa, cuando Böhmer propuso de nuevo al rey su collar, ofreciéndose á recibir una parte en pagos á plazos, y otra en renta vitalicia.

El rey habló de nuevo á la reina de este asunto.

« En mi presencia fué, dice madama de Campan. Recuerdo que la reina le dijo que si realmente el trato no era oneroso, el rey podia hacer aquella compra, y guardar el collar para las épocas de los casamientos de sus hijos; pero que ella jamás se le pondria, no queriendo que se pudiera echarla en cara que habia deseado un objeto de un precio tan excesivo. El rey la respondió que sus hijos eran aun demasiado jóvenes para hacer un gasto que se aumentaria con el trascurso de los años, y que definitivamente no queria admitir la proposicion. »

Rechazado de este modo, Böhmer se agitó, buscó diferentes influencias, pero todo en vano: nadie queria oír hablar de su collar. El infeliz joyero habia gastado en estas piedras la parte mas limpia de su fortuna, y se veia perdido si no conseguia la venta. Habia comprado el empleo de joyero de la corona, tenia entrada en la

corte, y se resolvió á pedir una audiencia á la reina.

Con efecto la obtuvo, y una vez en presencia de Maria Antonieta, se arrojó á sus piés, y con las manos juntas y los ojos inundados de lagrimas, la habló diciendo:

— Señora, estoy arruinado, deshonorado, si V. M. no me compra el collar. No quiero sobrevivir á tanta desgracia, y desde aqui correré al Sena.

— Levantaos, Böhmer, contestó la reina con un tono bastante severo para hacerle entrar en sí; no me gustan tales exclamaciones, y las personas honradas no necesitan suplicar de rodillas. Sentiria mucho que os diérais la muerte; os miraria como un insensato por el cual me interesaba; pero no me creeria responsable en manera alguna de semejante desgracia. No solo no os he encargado el objeto que en este instante causa vuestra desesperacion, sino que cuantas veces me habeis hablado de buenos surtidos, os he dicho que no añadiria cuatro diamantes á los que poseo. No he querido vuestro collar, el rey se ha empeñado en dármelo, y tambien he rehusado; por lo tanto no me habeis ya jamás de semejante joya. Divididle para venderle, y no os tireis al río. Me ha desagradado mucho que os hayais permitido esta escena de desesperacion en mi presencia y delante de esta niña (la joven princesa, hija de la reina). Que no se vuelva á repetir semejante cosa; salida de aqui.

Durante algun tiempo no se oyó hablar mas de Böhmer ni de su collar. La magnífica alhaja fué presentada en vano en todas las cortes de Europa. El joyero, desesperado, volvió á fijar los ojos en la reina con una tenacidad implacable. Habia solicitado en vano las grandes influencias; ahora buscaba las pequeñas, y por fin apeló á los intrigantes mas vulgares, ofreciendo ricos alfileres al que le salvara del naufragio.

Luego Böhmer se calmó y pareció estar satisfecho.

La reina habia dado á luz entonces á la princesa Sofia. Un rico capitalista, M. de Sainte-James, tesorero de lo extraordinario de las guerras, la envió á decir de repente que Böhmer se ocupaba todavia de su collar, añadiendo que S. M. debia, *por su propio sosiego*, tratar de indagar lo que aquel hombre habia hecho de él.

Por orden de la reina, madama Campan se lo preguntó á Böhmer pocos dias despues, y el joyero respondió « que estaba muy contento; que habia vendido el collar en Constantinopla, para la sultana favorita. »

Esta contestacion colmó de júbilo á la reina, aunque no dejó de extrañar que compraran diamantes en Paris para el gran señor.

Las excentricidades, como diriamos hoy, del desesperado joyero le habian valido que le alejaran de la corte, no obstante su empleo oficial; Maria Antonieta habia decidido que uno de sus ayudas de cámara quedaria encargado de las reparaciones que hubiese que hacer en sus aderezos. Pero llegó un dia en que se vió á Böhmer agitarse nuevamente, andar rodando en torno de las habitaciones y buscar una ocasion propicia para hablar á la reina. Ahora, decia, no trataba de suplicar á S. M., sino de poner á sus piés toda su gratitud.

La ocasion aprovechada por Böhmer fué la del bautizo del duque de Angulema. El rey habia regalado á Maria Antonieta una hombrera y unos pendientes de diamantes; Böhmer, que la reina evitaba desde hacia algun tiempo en razon á su cabeza exaltada, recibió el orden de entregar estos objetos á Maria Antonieta, y se los presentó acompañados de una carta en forma de memorial, en cuyo escrito el joyero decia « que se felicitaba de verla poseedora de los mejores diamantes conocidos en Europa, y que la suplicaba no le olvidara. »

« La reina, dice madama Campan, no comprendió estas palabras, y solo vió en ellas otra prueba de enajenacion mental. Quemó la carta prendiéndola fuego en una luz mientras decia: « No merece el trabajo de guardarla. »

En otro pasaje de sus *Memorias*, de las que tomamos estos pormenores, madama de Campan dice que la reina, despues de haber leído, exclamó:

— Vos que adivináis los enigmas del *Mercurio*, buscad la solucion de este que el loco de Böhmer acaba de entregarme.

Quemado el papel, la reina continuó de este modo:

— Ese hombre es mi tormento; siempre tiene alguna locura en la cabeza. La primera vez que le veais, no os olvideis de decirle que ya se me ha acabado la aficion á los diamantes, que no volveré á comprar ninguno en mi vida, y que si tuviera dinero que gastar, preferiria aumentar mis posesiones de Saint-Cloud comprando las tierras que las cercan. Entrad con él en estos pormenores, á fin de convencerle y para que se graben bien en su memoria.

El 3 de agosto Böhmer, inquietó porque no habia recibido respuesta á su memorial, fué á ver á madama de Campan á su casa de campo de Crespy, y la preguntó si no la habian dado ningun encargo para él. Cuando supo la contestacion de la reina, y que habia quemado la carta sin haberla comprendido, exclamó con visible confusion:

— Es imposible, la reina sabe muy bien que tiene que entregarme dinero.

— ¡Dinero, M. Böhmer! hace mucho tiempo que están canceladas vuestras últimas cuentas con la reina.

— No estais en el secreto; no se ha satisfecho á un hombre á quien se arruina debiéndole mas de 1.500,000 libras.

— ¿Habeis perdido el juicio? ¿Porqué os debe la reina una suma tan exorbitante?

— Por mi collar.

— ¡Cómo! ¿Otra vez el collar con el cual habeis perseguido inútilmente á la reina durante tantos años? ¿Pues no habeis dicho que le habiais vendido para Constantinopla?

— La reina es quien me ha ordenado que dé esa contestacion á todos los que me hablen del collar.

— Dejaos de bromas, M. Böhmer; la reina no ha querido vuestro collar, y hasta al mismo rey le ha dicho que no.

— Ha cambiado de idea.

— Por mi parte os aseguro que jamás he visto ese collar en sus manos.

— Debía habersele puesto el dia de Pentecostés; mucho me ha extrañado no vérselo.

Entonces aquel *fatal imbécil*, como le llama madama Campan, dijo que la reina le habia comprado el collar por conducto del cardenal de Rohan.

Al oír este nombre, la camarera entrevió alguna intriga.

— Pero no sabeis, expuso al joyero, que la reina no ha dirigido la palabra una sola vez al cardenal desde su regreso de Viena? No hay nadie mas en desgracia en la corte.

— Le ve secretamente, y la prueba es que á Su Emi-nencia ha entregado 30,000 libras correspondientes al primer plazo, y las sacó delante de él del pequeño armario de porcelana de Sevres que está junto á la chimenea de su gabinete. A mayor abundamiento, tengo órdenes precisas de la reina, pagarés firmados por ella, y he debido enseñarlos á los banqueros para obtener una prolongacion de las épocas de mis pagos.

Madama de Campan aconsejó á Böhmer que fuese á Versailles, y que solicitara inmediatamente una audiencia del baron de Breteuil; mas en vez de seguir este consejo, el inquieto Böhmer corrió á casa del cardenal.

Para comprender como es debido los hechos subsiguientes, preciso es decir lo que era el cardenal de Rohan.

II.

Cardenal de la santa Iglesia romana, obispo y príncipe de Estrasburgo, landgrave de Alsacia, príncipe de Estado de imperio, gran limosnero de Francia, comendador de la orden del Espiritu Santo, provisor de la Sorbona y académico, Luis René Eduardo de Rohan, en otro tiempo embajador en Viena, tenia unos cincuenta años en 1786. Disipador y ostentoso, Luis de Rohan tenia costumbre de decir: « No concibo que un hombre de mundo pueda vivir con 1.200,000 libras. » Como diplomático, se habia suscitado muchas enemistades, y aunque aspiraba á gobernar la Francia, no habia sabido, siendo su representante en Austria, sacar partido para su fortuna política de la hostilidad que habia desplegado contra la corte de Viena. Se habia malquistado para siempre con la reina Maria Teresa y la futura reina de Francia, sin haber sabido hacerse útil á los enemigos del Austria y de M. de Choiseul.

La desgracia del cardenal de Rohan era un hecho público cuya causa conocian todos en la corte. La reina, el dia que puso el pie en el territorio francés, se habia encontrado un momento en presencia del cardenal de Rohan: al llegar á Estrasburgo, fué recibida por el cardenal á la cabeza de su cabildo.

El príncipe Luis de Rohan, que era entonces coadjutor, felicitó á la joven delfina diciéndola:

— El alma de Maria Teresa va á unirse con el alma de los Borbones.

Pero despues de esta lisonja del primer dia, el cardenal de Rohan, durante su embajada en Viena, habia escrito á M. d'Aiguillon acerca del reparto de la Polonia, un despacho en el que se leian estas palabras:

« Efectivamente, he visto llorar á Maria Teresa sobre las desgracias de la Polonia oprimida; pero esta princesa, muy experta en el arte de no dejar conocer sus intenciones, me parece que sabe derramar lágrimas cuando la trae ventaja; con una mano tiene el pañuelo para enjugarlas, y con la otra esgrime la espada de la negociacion para ser la tercera potencia en el reparto. »

Y este despacho que acusaba é insultaba á la madre de Maria Antonieta, habia sido leído por la Du Barry al fin de la cena, y la innoble favorita le habia aprovechado para hacer largos comentarios sobre la hija de la reina de Austria, la odiada delfina de cabello rojo.

Hé ahí lo que hacia absurda para madama de Campan la intervencion del cardenal en la supuesta venta del collar hecha á la reina.

Maria Antonieta, advertida por madama de Campan de los asertos del joyero, quiso oír de la propia boca de Böhmer la confirmacion de aquella sorprendente mentira.

Bajo este concepto mandó llamar á Böhmer, y no viendo todavia en las palabras de este hombre mas que un nuevo expediente para hacerla aceptar el collar, le preguntó por qué fatalidad machacaba con su loca pretension de venderla un objeto que ella rehusaba siempre.

— Me veo obligado á ello, respondió Böhmer, no pudiendo calmar á mis acreedores.

— ¿Y qué me importan á mí vuestros acreedores?

Entonces Böhmer confesó sucesivamente toda la negociacion del collar, segun él la entendia. Cuando llegó al punto de las entrevistas misteriosas que habrian tenido lugar entre la reina y el cardenal, Maria Antonieta se levantó indignada y trató de imponer silencio al insolente; pero el joyero, firme en su idea, continuó:

— Ya no es tiempo de fingir, señora; dignaos confesar que teneis mi collar, y dadme algun socorro, ó sino mi quiebra vendrá á descubrirlo todo muy en breve.

La reina despidió á Böhmer, y en un estado de agitación difícil de describir, mandó llamar al abate de Vermond y al baron de Breteuil. Entrambos odiaban al cardenal; el uno no había olvidado que en otro tiempo Luis de Rohan le había arrebatado la embajada de Viena; y el otro había sido objeto de los sarcasmos del cardenal mientras había durado esta embajada. Los dos dieron á la reina el peligroso consejo de arrancar la máscara al intrigante, sin pensar que el nombre de la reina se iba á ver comprometido en el escándalo.

María Antonieta, en el colmo de la indignación, se paseaba por el aposento, deteniéndose de tiempo en tiempo para exclamar:

— Sí, es preciso descubrir á ese hombre que se atreve á comprometer á la esposa de su soberano... es preciso que la Francia y la Europa sepan quién es...

Desde aquel momento la reina estaba decidida á desmascarar á los impostores, cualesquiera que fuesen, y aun á riesgo de verse ella también encausada.

III.

Resuelto el escándalo, pidieron á Böhmer y á Bossange una Memoria en que se relataran las diversas circunstancias de la misteriosa negociación que el cardenal había seguido con ellos. Los dos socios presentaron el siguiente escrito:

« El 24 de enero de este año, el señor cardenal de Rohan vino á nuestra casa y nos pidió que le enseñáramos varias joyas. Nosotros aprovechamos la ocasión para mostrarle el collar. Después de haberle examinado, nos dijo que había oído hablar de él, y que estaba encargado de preguntar el precio... Nosotros le fijamos en 1.600.000 libras... El príncipe manifestó que daría cuenta de la conversacion, que se encargaría de comprar no para él, sino para una persona cuyos tratos estaba persuadido que aceptaríamos, previniéndonos que ignoraba si le sería permitido declarar su nombre, y que siendo así propondría arreglos particulares.

» Dos días después, el príncipe nos mandó á llamar, y recomendándonos el mayor secreto, nos comunicó escritas de su mano las proposiciones que estaba encargado de hacernos, y cuya copia es esta:

« El último precio del collar se fijará oído el parecer de MM. Doigny y Maillard (peritos), caso de que se creyera excesivo el de 1.600.000 libras.

» El pago del precio convenido no comenzará sino dentro de seis meses, con una suma de 600.000 libras, é igual cantidad se dará hasta concluir de seis en seis meses.

» Se podrá facilitar el sosiego en los negocios del vendedor, dando poderes. Si convienen las condiciones el collar estará pronto el martes 1º de febrero, lo más tarde. »

« Nosotros aceptamos estas proposiciones el 29 de enero.

» El 1º de febrero por la mañana, el príncipe nos mandó á buscar mediante una esquila de su puño y letra, sin firma, con el objeto en cuestion. En esta entrevista nos descubrió que quien hacia la compra era Su Majestad la reina, y nos enseñó las proposiciones que habíamos aceptado firmadas: *María Antonieta de Francia*, con la palabra *Aprobado* al margen de cada una de las proposiciones.

» Aquel mismo día recibimos una carta escrita por el príncipe, y que decía:

« M. Böhmer: S. M. la reina me ha dado á conocer que estaba en la intención de que los intereses de las sumas debidas después del primer pago de fines de agosto, sean pagados sucesivamente con las dichas sumas, hasta el saldo de la cuenta. »

Debemos observar que en esta primera relacion los joyeros no hablan mas que del cardenal, única persona que había conducido y terminado la negociación.

No era la primera vez que una intriga se atrevía á comprometer el nombre de la reina; desde los primeros tiempos del reinado, una mujer, madama de Villers, había sabido arrancar á Beranger, el arrendatario general, una cantidad de 890.000 libras, mostrándole una supuesta carta de María Antonieta, en que la pedía esta suma; pero que un príncipe de la Iglesia, un Rohan descendiera á tales maniobras, esto era inconcebible. Una estafa vulgar habría sido ya en el cardenal algo de monstruoso; pero estando públicamente en desgracia mezclar el nombre de la reina en aquella intriga, esto ocultaba sin duda un lazo infame.

Hé ahí por qué María Antonieta quiso aclarar el asunto.

Leída la Memoria de los joyeros, pusieron al corriente de todo á Luis XVI; y le enseñaron la copia de la supuesta autorización que la reina había dado al cardenal para tratar de la compra del collar. Böhmer entregó una carta que le escribió M. de Rohan sobre este punto, y se decidió el arresto del cardenal.

El 15 de agosto, día de la Asunción (era un domingo) el cardenal vestido de sus insignias sacerdotales, iba á pasar á la capilla de Versailles, cuando el rey le llamó. La reina, el baron de Breteuil y algunos cortesanos rodeaban á Luis XVI.

El soberano le preguntó:

« — ¿Habeis comprado diamantes á Böhmer? »
 « — Sí, señor. »
 « — ¿Y qué habeis hecho de ellos? »
 « — Creía que habían sido entregados á la reina. »
 « — ¿Y quién os dió ese encargo? »
 « — Una señora llamada la condesa de la Motte Valois, quien me presentó una carta de la reina, y yo creí agrandar á S. M. tomando por mi cuenta el encargo. »
 Entonces dijo la reina:

« — ¿Cómo habeis podido creer, vos, á quien no he dirigido la palabra hace ocho años, que os elegía para esa negociación, y por conducto de una mujer semejante? ¿A quién podreis convencer de que he confiado yo el cuidado de mis aderezos á un obispo, á un gran limosnero de Francia? »

« — Veo, respondió el cardenal, que he sido cruelmente engañado. Yo pagaré el collar. El deseo que tenía de agrandar á V. M. me ha fascinado los ojos. No he visto ninguna superchería, y lo siento mucho. »

Y M. de Rohan sacó de su cartera una esquila, la que la condesa de la Motte había atribuido á la reina dándole el encargo. El rey tomó la carta, y á la primera ojeada descubrió que la letra en nada se parecía á la de la reina. La firma decía: *María Antonieta de Francia*.

« — ¡Cómo! exclamó el rey, vos, un príncipe de la casa de Rohan, un gran limosnero de Francia, ¿habeis podido creer que la reina firmaba de este modo? Nadie ignora que las reinas solo firman con su nombre de pila. »

« — ¡He sido engañado, murmuró el cardenal fuera de sí, he sido engañado! »

El rey entonces, presentándole una copia de su carta á Böhmer, añadió:

« — ¿Habeis escrito una carta parecida á esta? »

El cardenal recorrió el papel con aire confuso, y murmuró:

« — No recuerdo haberla escrito. »

« — ¿Y si os enseñaran el original de vuestro puño y letra?... »

« — Si la carta está firmada por mí, verdadera será. »

« — Explicadme pues este enigma, repuso el rey con mucha serenidad. No quiero hallaros culpable, deseo vuestra justificación. Explicadme lo que significan esas negociaciones con Böhmer y esos contratos. »

El cardenal se ponía blanco como el papel, y tuvo necesidad de apoyarse en un mueble.

« — Señor, exclamó, estoy demasiado turbado para responder á V. M. de un modo... »

« — Sosegaos; pasad á mi gabinete, donde hallareis papel, pluma y tinta... escribid lo que tengais que decirme. »

La reina contó mas tarde, que durante este interrogatorio cruzó por su mente una idea espantosa: veía una intriga, pero no adivinaba el objeto con que se había tramado. Pensó que sus cobardes enemigos habían resuelto perderla á los ojos del rey y de la Francia, y que acaso el cardenal iba á afirmar que ella tenía el collar, que había sido honrado con su confianza para hacer esta compra sin que lo supiera el rey, y que en fin, indicaría un lugar secreto en sus habitaciones donde le habría hecho esconder por algun traidor.

La bondad, preciso es decirlo, la flaqueza del rey iba ya recobrando su imperio. Después de haber cometido la falta de permitir un escándalo, Luis XVI, como le sucedió muy á menudo, caía en la falta contraria; á un golpe de autoridad torpemente asestado, sucedía una peligrosa indulgencia.

El cardenal pasó al gabinete del rey, escribió una especie de confesion incoherente como sus primeras palabras, y volvió con el papel al cabo de medio cuarto de hora.

Pero ya había tenido tiempo para trazar un billete dirigido al abate Georgel, su primer vicario, en el que le decía estas palabras: « Van á prenderme, quemadlo todo. »

Mientras Luis XVI recorría el informe relato del cardenal, este pudo dar á escondidas el billete á su jeduque que esperaba á la puerta del salon de Hércules. El criado se escapó sin ser visto, corrió á Paris al galope, llegó al palacio-cardenal en el momento en que su caballo estaba á punto de caer muerto de fatiga, y la cartera que contenía los importantes papeles desapareció.

Un registro hecho á tiempo ya que habían optado por el escándalo, habría descubierto todo el secreto; pero el irresoluto Luis XVI no supo jamás hacer las cosas oportunamente.

Sea como quiera, el rey, después de haber leído el escrito del cardenal, le dijo con acento muy severo:

« — Os prevengo que vais á ser arrestado. »

« — ¡Ah! señor, exclamó el cardenal; yo obedeceré siempre á las órdenes de V. M.; pero dignese libramente del dolor de verme preso con mis hábitos pontificales á los ojos de toda la corte. »

« — Preciso es que así sea. »

Y el rey salió bruscamente sin querer escuchar una palabra mas.

El baron de Breteuil se acercó entonces á Luis de Rohan, y le dijo:

« — De parte del rey, seguidme. »

El mayor de la corte, M. d'Agoult, se llevó al cardenal, que al día siguiente fué encerrado en la Bastilla.

El teniente de policía M. de Crosne, mandó poner los sellos en los papeles del cardenal, pero ya hemos visto que era demasiado tarde.

¿Quién era pues la condesa de la Motte, el alma de toda esta intriga, y cuyo nombre callado por los joyeros, fué invocado de repente por el cardenal?

Esto es lo que vamos á ver seguidamente.

IV.

La condesa de la Motte, que llevaba el nombre extinguido de los Valois, era en efecto de los Saint-Remy de Valois, señores de Luz, caballeros de Fontette.

Los Saint-Remy descendian directamente por los varones, de un bastardo de Enrique II, el baron de Saint-Remy. Madama de la Motte pretendía que después de la

muerte de Enrique III, los Saint-Remy habían cesado de tomar el nombre de Valois, para no dar sombra á la casa de Borbon. Posteriormente, sin duda no juzgándose ya peligrosos, habían recobrado el nombre que nadie les disputaba. Lo cierto es, que los descendientes del bastardo de Enrique II habían caído de escalon en escalon hasta lo último de la escala, y que hacia mucho tiempo se unían con vaqueras ó con sirvientas.

Hasta se dice que ya en tiempo de Luis XIII, los Valois bastardos se entregaban á singulares industrias. Se cuenta que uno de ellos que habitaba las posesiones de Gros-Bois, solía presentarse alguna vez en la corte, y que como Luis XIII le preguntara qué era lo que podía hacer estando siempre en el campo, él respondió:

« — Señor, no hago sino lo que debo. »

Se juzgó esta respuesta muy noble y muy altiva; pero encerraba un doble sentido de los mas ingeniosos: el Valois en cuestion hacia moneda falsa.

El padre de la condesa de la Motte no había sido mejor ni peor que sus antepasados; había contraído matrimonio con la hija de un portero, el de su casa de Fontette.

El baron de Saint-Remy de Valois, señor de Fontette, pequeño patrimonio situado cerca de Bar del Sena, había legitimado los lazos que le unían hacia mucho tiempo con esta jóven, no sin duda por escrúpulo de hombre honrado y de cristiano, sino lisa y llanamente porque se había dejado dominar por la bella y ambiciosa María Jossel. Ser baronesa, habitar en Paris, entrar en la corte, hacer fortuna por suerte ó por astucia, tal era al sueño de María. Cuando vino á ser baronesa de Valois, tuvo que rebajar mucho de sus pretensiones. Perezoso y pródigo, el baron devoró muy luego lo poco que le quedaba de la herencia paterna. Vendía á cualquier precio sus posesiones, y no hay para qué añadir que no valian gran cosa. Cuando sabía que alguno de los aldeanos de Fontette había matado un cerdo, iba á verle y le daba un campo ó un prado por un trozo del animal.

Su mujer le ayudaba en este hermoso oficio, y los Jossel acabaron con lo que no devoraban los dos esposos.

El juego duró poco tiempo, y una mañana el baron se encontró con una mujer y tres hijos, sin un palmo de tierra y sin un ochavo.

(Se continuará.)

El milagro de Subiaco.

ESTADOS ROMANOS.

Desde hace algunos años no se oye hablar mas que de milagros. Después del de la Salette y la aparición de la Santísima Virgen á una pastora de Lourdes, hé aquí primeramente la Madona de Vicovaro que mueve los ojos, y después la de Subiaco que hace lo mismo. Si el lector desea algunos pormenores sobre el asunto, diré lo que acabo de ver en una corta excursión hecha por las cercanías de Roma. Llegué á Subiaco el 15 de setiembre último á las doce del día, y en el momento en que acababa de tener lugar el milagro; todas las campanas del pueblo repicaban á porfía.

En la catedral de la poblacion, cuyo patrono es san Andrés, hay una bóveda adornada con una pintura que representa á la Santa Virgen con los ojos levantados al cielo y los brazos cruzados sobre el pecho. Ahora bien, parece ser que en la mañana de aquel día un niño salió de la iglesia gritando que había visto mover los ojos á la Madona. En seguida comenzaron á tocar todas las campanas y se nombró una comision para cerciorarse del hecho, que fué reconocido como auténtico, y en su consecuencia se elevó un altar en la nave principal de la iglesia para trasladar á la preciosa imágen, como así se hizo.

Difundida la noticia del milagro, todos los días la iglesia se llena de gente que acude á adorar la Santa Imágen. Nada mas patético ni mas pintoresco que ese cuadro. Esas mujeres con sus paños blancos en la cabeza, su corpiño encarnado, su delantal rayado y su calzado de cuerdas, esos campesinos bronceados por el sol, con su barba, su cabello inculto y sus facciones expresivas, y hasta esos muchachos vestidos con un pedazo de camisa y gritando sin cesar ¡viva María! forman un espectáculo interesantísimo.

A veces se presenta un pobre impedido que obtiene el favor de acercarse hasta el pié del altar, y entonces resuenan los gritos de: ¡Gracia, gracia, Santísima Virgen! que repiten en coro todos los asistentes. Yo no puedo decir que he presenciado el milagro; pero lo que si puedo asegurar es que todos los que dicen haberle visto están de buena fe y creen en él firmemente.

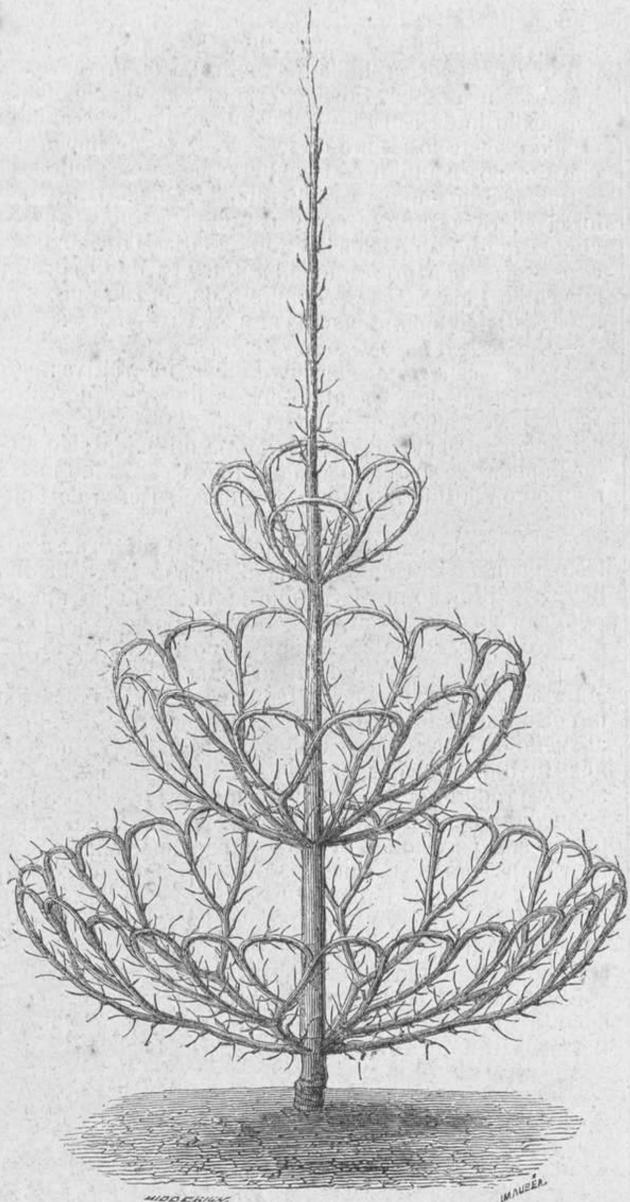
R. DE C.

Nueva forma de árboles frutales.

Sabido es que la poda de los árboles frutales tiene por objeto dar y conservar á estos árboles una forma determinada, así como repartir con la mayor igualdad posible la savia en todas sus partes. Se da á los árboles frutales la forma de pirámide, de jarron, de abanico, de palma sencilla y doble, de espaldera, de contra-espaldera, etc., á fin de exponer, mas fácilmente las frutas á los rayos del sol y á la acción del aire, para obtener

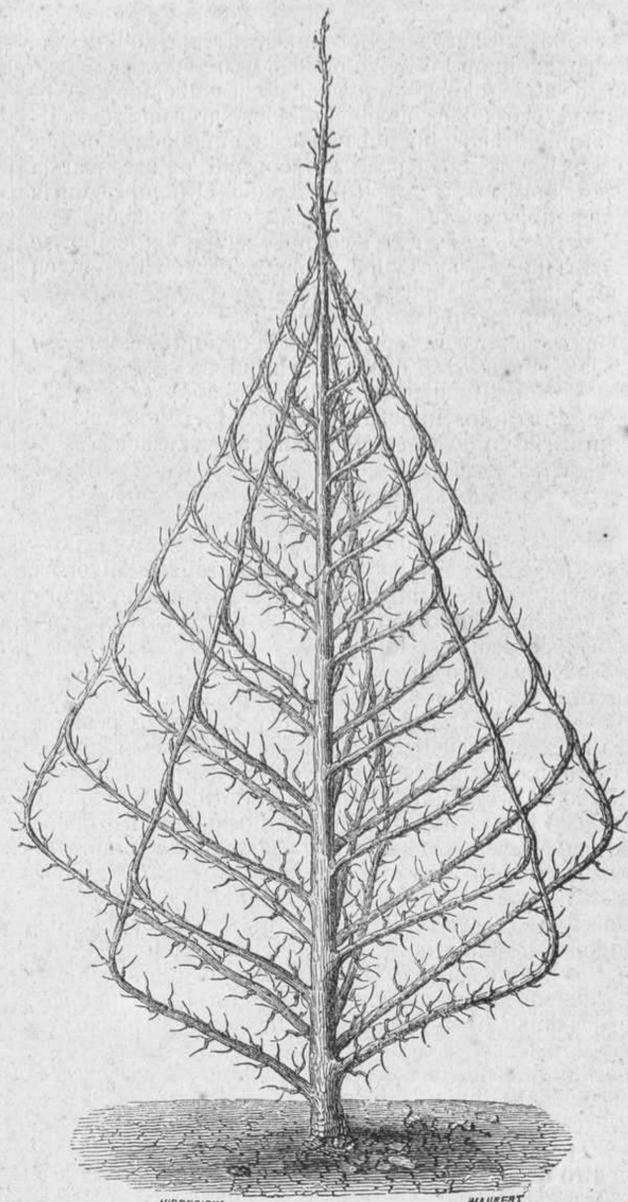
productos mas gruesos y tempranos. Hay árboles que entregados á si mismos dificilmente dan fruto, y que la poda hace productivos. Finalmente, la poda asegura y hace mas constante la produccion, por punto general, al mismo tiempo que permite cultivar un número mas crecido de árboles en un espacio dado.

Todos los horticultores conocen el método universalmente empleado para dar á los árboles las formas que acabamos de enumerar. Un inteligente horticultor del valle de Aulnay en las cercanias de



La Madona de Subiaco.

Paris, M. Croux, ha imaginado un procedimiento para dar á los perales una nueva forma que les presta un aspecto muy regular, reparte con igualdad la savia y asegura á la vez la elegancia de la forma y la abundancia de los productos. Las formas cuyas figuras ofrecemos á nuestros lectores, una en piramide y otra en cubiletes sobrepuestos, podran suministrarles una idea de esta nueva poda. Las puas que terminan las ramas laterales han sido encorvadas é ingertadas por aproximacion una sobre otra. La savia que tiende á subir siempre, se halla



Peral en forma de cubiletes sobrepuestos con las ramas ingertadas por aproximacion.

Peral en forma de piramide.



Campesinos visitando á la Madona de Subiaco (Estados Romanos).



Inundacion del Nilo : ruptura del dique de Comsa.

activada por el único vástago que termina el tronco del árbol.

Esta bonita forma ha obtenido un gran éxito, y hace mucho honor á los magníficos plantales que posee M. Croux en la hacienda de la Saussaye, cerca de Villejuif y en el valle de Aulnay. P. P.

Inundacion del Nilo.

RUPTURA DEL DIQUE DE COMSA.

Segun escriben de Alejandria, no se tiene memoria de que el Nilo haya crecido jamas tanto como este año.

A pesar de las precauciones tomadas, los desastres han sido considerables. Campos inmensos plantados de algodón y de caña dulce han sido inundados, habiéndose roto muchos diques.

El 23, en Tantah, ciudad de 40,000 almas, el dique de Comsa se hundió bajo la fuerza de las aguas, y todas las aldeas contiguas con sus habitantes (sobre unos 7,000) fueron victimas del furioso elemento.

A estos desastres hay que añadir la reaparicion de la epizootia; los cadáveres de los animales enterrados á flor de tierra, difunden emanaciones que ponen tambien en peligro la vida de los habitantes.

¡Hé ahí las devastaciones periódicas á que se halla expuesto ese hermoso pais desde la conquista musulmana!

La incuria del gobierno que no cuida de los canales, es la única causa de tales desgracias; esos canales serian por el contrario una bendicion para el Egipto, si algunas de las sumas tan locamente malgastadas, y que sin embargo provienen del sudor del pobre fellah, se dedicasen á asegurar al Nilo las arterias fecundadoras siempre abiertas á sus aguas.

Conocida es la célebre frase del general Bonaparte, que maravillado del valor de este rio, decia que ni una sola gota de sus aguas debia llegar al mar.

Efectivamente, se podria conquistar á la agricultura todo el desierto sabiendo esparcir por él el Nilo. Las arenas que tocan sus aguas quedan fertilizadas inmediatamente, y en lugar de tratar de extender los campos que producen cuatro y cinco cosechas por año, se



Concurso de arados en Saugion (Francia).

limitan á oponer al torrente frágiles barreras elevadas de prisa en el momento crítico, y que son arrastradas con las aldeas y los cultivos.

En tiempo de los Faraones habia grandes lagunas que recibían el sobrante de las inundaciones, que aprovechaba el país en los años de escasez. Ahora casi se desean estos años. Que el Nilo respete los palacios donde el musulmán se duerme en su indolencia, hé ahí lo principal, pues el fellah irá á buscar al río el agua necesaria para su campo sediento, y pagará siempre la misma contribucion.

H. DE M.

Concurso de arados

EN EL DISTRITO DE SAINTES (FRANCIA).

De Saugion (Charente-Inferior) escribe lo siguiente el autor de nuestro dibujo:

Acabo de asistir á una ceremonia que me ha interesado vivamente, un concurso de arados. Es una institucion antigua ya en el país; todos los años cada cabeza de canton abre un concurso en el que toman parte los labradores del distrito de Saintes. Era el día del canton de Saugion.

En un llano magnífico, cincuenta y siete arados puestos de frente cada cual con su yunta de bueyes, y algunos con dos y el labrador detrás armado de su vara, esperaban la señal.

En efecto, al son del tambor los arados se pusieron en movimiento sobre una misma linea.

Cada labrador tenia á su frente, en el fondo del llano, una estaca que le marcaba el limite desde el cual debia retroceder, sirviendo al mismo tiempo de guia para marchar derecho. Estas estacas clavadas en la tierra tenian arriba una tablilla, un pedazo de tela ó un sombrero. Algunos, en vez de la estaca, habian colocado de planton á su mujer, que les animaba con la voz y los ademanes.

Yo estaba maravillado; iba y venia de una parte á otra, creyéndome en los tiempos homéricos; así es que buscaba á Hesiodo, á Triptolemo y á Nestor, y me extrañaba no encontrarlos.

C. V.

Revista de Paris.

El domingo último se ha dado tregua á los placeres mundanos. Era el día de Todos Santos, y la poblacion de Paris se entregaba, con el recogimiento de costumbre, á su peregrinacion anual consagrada á los difuntos. Esta conmemoracion debe tener lugar el 2 de noviembre, pero sabido es que comienza siempre la víspera. Paris, la ciudad eternamente viva y tumultuosa, se agita también esta vez; se ve en las calles el mismo movimiento, el mismo gentío; pero esa vida se muestra como inanimada, y el pueblo parisiense, tan despierto, tiene un aire grave, recogido, triste. Hace como diez siglos que fué instituida esta fiesta de los recuerdos y de las lágrimas por un abad de Cluny llamado Odillon, que la Iglesia contó despues en el número de sus santos. Todos los monasterios que se hallaban bajo su jurisdiccion debieron celebrar esta conmemoracion de los difuntos, y las iglesias de Occidente, prévia la aprobacion papal, adoptaron esta piadosa práctica de honrar despues de muertos á los que habian sido amados en vida.

Pero dejemos la Iglesia y entremos en «ese jardín de la vida y de la muerte, del tiempo y de la eternidad,» como dice Bernardin de Saint-Pierre; detengámonos ante esas tumbas, monumentos colocados en los límites de los dos mundos; aquí, exclama Chateaubriand, «igualdad perfecta; es preciso dejar casco y corona para pasar por la puerta baja de la tumba.» A cada paso una escena interesante: se evoca «el pudor, el amor casto, la amistad virtuosa que están tan llenos de secretos; y se vuelve á vivir, al través de las lágrimas, en aquellos tiempos resucitados un instante, en que los corazones que se aman se entienden á medias palabras como si se hallasen entreabiertos.»

Cada visitante lleva una corona de siemprevivas, de margaritas, de verónicas, con una dedicatoria consagrada á un hijo, á un padre, á una madre, á un esposo, á un hermano. El consumo de coronas es tan considerable, que se calcula haberse vendido en los días 1º y 2 de noviembre de 1863, por mas de dos millones de francos de estas tristes flores. Esa cifra dice eloquentemente cuán arraigado está en Paris el culto de los muertos. Con efecto, no van solo al campo santo los privilegiados de la fortuna cuya familia ha adquirido una sepultura perpetua convertida en un monumento artístico, sino que van también los que no han pagado para sus parientes mas que una concesion temporal; la clase mas numerosa que tiene los suyos en la zanja del pobre; y finalmente, las personas que sin ninguna relacion de parentesco con los difuntos, quieren honrar la memoria de tal ó cual hombre célebre.

La tumba de Murger, en el cementerio Montmartre, estaba cubierta, el domingo último, de coronas y de flores, la mayor parte de ellas depositadas por la amistad. Los escritores, los poetas, los novelistas visitan los sepulcros de Moliere, Racine, Beaumarchais, Beranger, Casimir Delavigne, Alfredo de Vigny, Federico Soulié, Alfredo de Musset, Balzac y tantos otros; mientras los amantes de los recuerdos históricos contemplan los mausoleos del general Foy, Casimir Perier, Benjamin Constant, Manuel y Cavaignac; los que han sido soldados consagran una memoria á los mariscales del primer imperio; los marinos visitan los monumentos de Bougainville, Bruat y Dumont de Urville; los músicos se detienen ante las bóvedas á cuyo frente se leen los nombres imperecederos de Bellini, Gretry, Mehul, Herold, Boieldieu, Weber.

Los cementerios de Paris son un inmenso panteon donde se reúnen todas las glorias humanas despues de su muerte.

El lector nos perdonará que le hayamos conducido, por excepcion, á este lugar fúnebre; pero la crónica, en días tan graves en que el alma se consagra entera al recuerdo de los que no existen, debe hacer abstraccion de la frivolidad de las cosas profanas, siquiera sea por un momento.

Y á propósito de la inclinacion tan patriótica y tan laudable que tienen los franceses de perpetuar el recuerdo de sus celebridades, debemos consignar aquí que el gobierno fomenta y apoya esta tendencia por cuantos medios se hallan en su mano.

Ultimamente uno de los periódicos de la capital habia publicado un artículo en que se trataba de la decoracion de las fachadas del Hotel de Villa de Paris, y al punto varios miembros del consejo municipal pidieron al autor del escrito que explanara sus proposiciones. En efecto, el articulista, M. L. Lazare, dió á conocer los méritos de varios magistrados municipales, cuyas estatuas deben, á su juicio, adornar las fachadas del Hotel de Villa, y entre ellos señala particularmente un antiguo prefecto, cuya historia nos cuenta de este modo.

Era en tiempo de Napoleon I, y algunos días despues de la destitucion del conde Frochot, se presenta un joven á la audiencia del emperador, quien le pregunta su nombre.

— Chabrol de Volvic, prefecto de Montenotte, gracias á las bondades de V. M., responde el joven.

— ¿Y porqué no estais en vuestro puesto? A mí no me gustan los prefectos que viajan.

— Señor, he obtenido una licencia, y la aprovecho para ir á Holanda con el fin de visitar á mi padre político, el príncipe Lebrun.

— Eso es diferente; ¿sabeis que habeis hecho un gran casamiento?

— Es verdad, señor, y me prometo ser digno de él.

Despues Napoleon interrogó al magistrado acerca de sus gustos, sus estudios y sus proyectos.

La conversacion duró cerca de media hora, y el emperador terminó la audiencia exclamando:

— M. Chabrol, os quedareis en Paris cuarenta y ocho horas mas, y cuando hayais recibido un recado mio, partireis si tal es vuestro antojo.

El día siguiente el ministro del Interior presentaba á Napoleon una larga lista de candidatos para las funciones de prefecto del Sena. El emperador examinó la lista, y á cada nombre S. M. hacia una señal negativa.

Terminada la lectura, el emperador devolvió la nota al ministro del Interior diciéndole:

— Yo tengo algo mejor que todo eso.

— Si V. M. se digna darme á conocer el nombre del afortunado candidato...

— Gilberto José Gaspar Chabrol de Volvic, dijo el emperador recorriendo un papel que acababa de sacar del bolsillo, hoy prefecto de Montenotte y mañana prefecto del Sena.

— Siento en el alma haber omitido el nombre de M. de Chabrol, pero su edad... no tiene treinta años...

— No habéis contra la juventud; yo era mas joven aun que mi nuevo prefecto del Sena en las batallas de Arcola y de Rivoli... Que el decreto venga esta noche á mi firma; es negocio concluido.

Los antecedentes del nuevo prefecto justificaban la eleccion de Napoleon. M. Chabrol, brillante alumno de la Escuela Politécnica, fué agregado á la expedicion de Egipto, y supo llamar la atencion del general en jefe con una interesante Memoria. Siendo prefecto de Montenotte, señaló su administracion con obras importantes. Mas tarde le confiaron la guarda del papa Pio VII, mision muy delicada que el magistrado supo cumplir mereciendo la estimacion del padre santo y la alta aprobacion de Napoleon I.

El nuevo prefecto del Sena, á pesar de sus pocos años, administró la villa de Paris como debe ser administrada toda capital de un grande imperio, por lo cual se granjeó muy luego el afecto de sus administrados. Este afecto llegó á ser tan vivo con el tiempo, que Luis XVIII se creyó como obligado á conservar á la cabeza de los negocios de la villa al prefecto nombrado por su predecesor.

Un día un ministro, mas realista que el rey, quiso inspirar á Luis XVIII ciertas dudas sobre la fidelidad del prefecto del Sena, á quien S. E. echaba en cara el haber sido nombrado por Napoleon. S. M. perdió al fin la paciencia con aquellos ataques miserables, y los cortó mediante estas palabras:

— M. Chabrol se ha casado con la villa de Paris, y yo he abolido el divorcio.

No hay duda que la estatua del conde Chabrol de Volvic haria honor al palacio municipal, y casi nos atreveriamos á decir que su ejecucion no tardará largo tiempo en ordenarse, pues en su esfera es una de las glorias de Paris, y Paris es un pueblo agradecido cual ninguno á sus ilustraciones.

Esta semana hemos tenido en el teatro del Gimnasio una nueva pieza cuyo triunfo no ha sido menor que el de las dos que señalamos en nuestra última revista. Triunfo merecidísimo, y que recae en un autor de los mas estimados, tanto por su talento como por la moralidad de sus producciones, M. Octavio Feuillet. Es una comedia en cinco actos y seis cuadros titulada *Montjoye*.

M. Octavio Feuillet ha dado este nombre de Montjoye (grito de guerra de la antigua Francia) al protagonista de su obra, tipo de egoismo, de avaricia, de sordido racionalismo, que representa todos los vicios de la época.

Balzac nos habia ofrecido ya en *Mercadet* una personificacion de este materialismo llevado hasta sus últimos límites; pero Mercadet es el especulador en la miseria que no puede salvarse del naufragio á pesar de todas sus mañas y expedientes; en tanto que Montjoye es un acaudalado capitalista, en posesion de todos los goces de una fortuna colosal, casado, al menos en apariencia, con una mujer encantadora, y padre de dos hijos, el uno un tanto calavera y que comienza ya á reflejar el escepticismo de su padre, y la otra una cándida y tierna criatura.

Sin embargo, como en este mundo es preciso que falte siem-

pre alguna cosa, Montjoye aspira á los honores y quiere principiar por ser diputado, con cuyo fin emplea dos instrumentos, el primero, un infeliz cargado de familia, y el segundo, un joven abogado de mérito, pero sin recursos también, hijo de un antiguo socio de Montjoye, que se suicidó por no sobrevivir á la deshonra de una quiebra.

El banquero tiene sus motivos para portarse bien con el hijo de Sorel, su antiguo socio. Toda su fortuna proviene del robo de una mina hecho á Sorel, y este secreto divulgado por un antiguo cajero de la casa llega á oídos del hijo del difunto.

En este momento empieza el drama.

Sorel, enamorado de la hija de Montjoye y medio consentido ya el casamiento por el padre, que de este modo intenta sofocar sus escrúpulos, lucha entre el amor y la venganza.

Pero hé aquí el momento de la explosion: Sorel le pide cuenta en persona del honor de su padre, y su supuesta esposa, encadenada al hombre cuyo nombre lleva indebidamente por amor á sus hijos, le declara á su vez que no tolerará la presencia en su propia casa de una extraña, una joven marquesa, que sea dicho entre paréntesis, no sabemos con qué motivo M. Octavio Feuillet ha hecho nacer en el Perú, cuando abundan tanto en Paris las cabezas ligeras, y que el banquero ha hospedado en efecto, en su palacio.

Todo el mundo clama contra Montjoye, y en tan terrible situacion, este con una osadía muy en su carácter, desafía á su futuro yerno, arroja de su morada á la que ha llamado hasta entonces su mujer, y dice á sus hijos que elijan entre los dos, á lo cual la joven se lanza en brazos de su madre, y su hermano avergonzándose de los desórdenes en que hasta entonces ha vivido, corre á sentar plaza de soldado.

Montjoye se queda solo con su inmensa fortuna.

Ya que hemos nombrado á Balzac, no vacilaremos en decir que llegado á este punto habria concluido su obra; pero M. Octavio Feuillet no tiene una organizacion tan dramática. Despues del castigo le hace falta la rehabilitacion. Montjoye se bate con Sorel y le hiere peligrosamente; la hija intercede por su prometido y por su madre, y Montjoye acometido por los remordimientos, liquida su fortuna para pagar á los acreedores de su antiguo socio y se casa con la madre de sus hijos, en tanto que Sorel obtiene definitivamente la mano de su prometida.

Un actor eminente, M. Lafont, sostiene todo el peso de la comedia sin decaer un instante: los demás actores le secundan perfectamente, pero su parte es de tal magnitud, que en el conjunto no aparecen sino como satélites.

El Teatro Italiano ha encontrado el diamante en cuya busca corren todos los empresarios: un tenor que ha sido proclamado ya como el primero del mundo. Los constantes amigos de Mario convienen en esta verdad, mientras los entusiastas de Tamberlick aceptan la supremacia del nuevo cantante. Decimos nuevo en Paris, pues segun saben nuestros lectores, Fraschini (tal es el nombre del tenor en cuestion) canta hace tiempo en Madrid con aplauso general, y los periódicos musicales aseguran que hace ya mas de veinte y cinco años que su voz es conocida y celebrada en los primeros teatros de Italia. Fraschini ha vacilado largo tiempo en venir á Paris; hoy habrá visto que este público sabe apreciar el mérito, por lo menos, lo mismo que cualquiera otro de los mas inteligentes.

Fraschini se ha dado á conocer en la *Lucia*, y desde los primeros compases de su duo con el soprano demostró que pertenece á la escuela de los grandes artistas, Rubini, Mario y Tamberlick. En la escena de la maldiccion supo encontrar acentos admirables, y en la célebre melodía *Fra poco a me ricovero* y el recitado que la precede, excitó verdaderos trasportes de entusiasmo. Por esta primera prueba se puede asegurar que en los papeles de sentimiento no tiene rival este tenor, que sabe dar con arte consumado á su órgano poderoso una dulzura, una expresion imponderables.

Madama Lagrange en la parte de Lucia desplegó la maravillosa fuerza de vocalizacion, que es el signo distintivo de su talento. En la escena de la locura arrancó grandes aplausos.

— En las páginas 312 y 313 de este número damos dos composiciones de capricho, el Paraíso y el Infierno en Paris: ¿necesitamos explicar detenidamente el pensamiento del artista? En una parte están representados todos los goces, todas las diversiones, todas las alegrías, los paseos, los saraos, las fiestas del gran mundo, y en la otra todas las tristezas, todas las contrariedades, todas las miserias de la existencia. Frente por frente á tanto boato y tanto lujo, nuestro dibujante ha diseñado una série de nefastos episodios, por desgracia mas comunes de lo que se podria creer, en la vida parisiense. Aquí un desdichado que ve pasar el día en ayunas, contempla con avidez la esplendente muestra de Chevet, el afamado abastecedor de exquisitos comestibles; mas allá una reunion de gente equívoca que busca recursos en los juegos prohibidos, se ve sorprendida por el comisario de policia; á su lado una familia pobre es arrojada de la miserable guardilla que habita por un casero implacable; mas abajo el demonio tentador se aparece á una joven casta y humilde que vive con el producto de su aguja, ofreciéndola galas y joyas; en el otro extremo un pobre poeta soporta con heroica resignacion el frio de su triste morada, y por último, en el centro asoma como el coronamiento fatal de tantos infortunios, el carro mortuorio del pobre atravesando el cementerio, mientras se ven al pié envueltos en llamas los seres frágiles que se enfangaron en el vicio. Riqueza y Miseria, ¡hé ahí los contrastes que ofreceis al mundo en vuestra eterna lucha!

MARIANO URRABIETA.

El mundo.

IV.

Cada uno lleva un mundo en su corazón: el que quiera echar la sonda en el inmenso mar de sí mismo, se encontrará con oscuras profundidades que no tienen medida.

Pero la vida exterior es demasiado rica, demasiado bella para que nadie quiera encerrar ni por un minuto su pensamiento en el estrecho calabozo de la conciencia.

El mundo cuyos atractivos nos deslumbran y cuya loca alegría nos arrastra, no es mas que una superficie: esas aguas de luz en que se encierra el diamante para ocultar que es un poco de tierra cocida.

El lodo herido por los rayos oblicuos del sol brilla muchas veces como un espejo: la luciérnaga es una luz pálida y limpia detrás de la que se oculta un gusano.

Vosotras, bellas criaturas, que pasais la vida asomadas al balcon de vuestros encantos, que todo lo mirais desde la altura de vuestros adornos, que ahogais sobre las alfombras el ruido de vuestros pasos, que teneis por templo el tocador, por altar un espejo, por divinidad a vuestra propia hermosura; vosotras sabeis lo que es el mundo. Vosotras no sois la perla escondida, sino la perla engastada.

No hay una escalera suntuosa que no lleve hasta vuestros piés su último peldaño y no os diga: «Subid.»

No hay una joyería que no salga al encuentro de vuestras miradas y no os diga: «Tomad.»

No hay aparador que no se cubra diariamente con todos los caprichos del arte y de la moda para deciros al pasar: «Todo esto es vuestro.»

Pasais por la tierra dejando un rastro de encajes, de perlas y de seda.

Parece que los vínculos que os unen a la vida no son mas que esos lazos con que trenzais vuestros cabellos, ceñis vuestras cinturas, o sujetais los fastuosos pliegues de vuestros vestidos.

Teneis la dulce palidez de vuestros semblantes encerrada en un vaso de cristal primorosamente labrado, y guardais el suave carmin, con que el pudor tiñe las megillas de la juventud, en el fondo perfumado de un caprichoso tarro de porcelana.

Todo lo sabeis: sabeis mirar, sabeis sonreír, sabeis brillar. Vivis prendidas a la vida como un adorno.

Para vosotras envejecer es morir.

Es preciso que todo lo que os rodea sea nuevo.

Si la inocencia fuera de encaje, la modestia de risa, el pudor de oro y la virtud de brillantes, ¡cuánta inocencia, cuánta modestia, cuánto pudor, cuánta virtud sería la vuestra!

Vosotras habeis ensanchado interminablemente los horizontes de la vida rodeándoos de espejos: al fin del camino que seguís está siempre vuestra imagen: teneis constantemente delante de los ojos una bella perspectiva: vosotras mismas.

Vivis viéndoos, gozais admirándoos.

Vuestra propia hermosura os sale continuamente al paso como una vision encantadora para sonreiros con toda la gracia de la vanidad satisfecha.

Os conoceis con esa seguridad que da el trato continuo; sabeis perfectamente qué color anima mas vuestros semblantes, qué rizo se destaca mejor sobre el alabastro de vuestras frentes, qué prendido es el que dobla la gracia de vuestras móviles cabezas y hace mas brillantes vuestros cabellos castaños, negros ó rubios.

Sabeis cuál es la sonrisa mas graciosa, la mirada mas interesante, el aire mas majestuoso, el ademan mas distinguido.

Poseis el gran secreto del mundo, teneis la gran intuición de una gran filosofía; sabeis lo que os conviene descubrir y lo que os conviene ocultar.

Sumais vuestros encantos como un avaro sus monedas; tapais vuestras imperfecciones como un hipócrita oculta sus vicios.

Unos dientes hermosos bastan para vuestra alegría; sereis capaces de sonreiros hasta delante de un cadáver.

Si la tristeza os herosea estareis eternamente tristes.

Aplicais el llanto y la risa a vuestra belleza como dos cosméticos encargados especialmente de realzar vuestra hermosura.

Vuestras madres temen, vuestros esposos desconfian, vuestros hijos dudan.

Habeis hecho de vosotras mismas un peligro constante a vuestra honestidad, un escollo continuo a vuestra virtud.

¿Os creen hermosas? ¿qué importa que no os crean honradas?

Marchais delante de la civilización como los estandartes de esta procesion majestuosa: la turba os empuja y os aplaude, la murmuración os sigue, la envidia os espía, y la lisonja se burla de vosotras.

Cruzaís las calles y la multitud os abre paso; todos los ojos os miran, todas las bocas os insultan; dejais en pos de vuestros pasos un murmullo de equívocos, una nube de insolentes miradas.

Las flores que os arrojan al semblante, llevan siempre una espina que va derecha a clavarse en vuestro decoro.

Vosotras no lo habeis advertido, pero cada requiebro es un desprecio.

Hay mujeres que van por la calle con la cabeza alta, la mirada serena y el aire ufano, que dicen a todo el que se encuentran: «Por aquí van mis vicios.»

Hay otras que cruzan las calles con la cabeza erguida, la mirada desdenosa y el aire satisfecho, que dicen a todo el que se encuentran: «Por aquí voy yo.»

Estas últimas sois vosotras. No sabeis que fácilmente se os puede confundir con las primeras.

¿Y qué sois? Una triste mentira engalanada con los adornos de la alegría; un sofisma como el de la belleza, una paradoja como la del placer, una ilusión como la del dinero.

Sois la perecha donde el lujo cuelga sus fugitivas invenciones, el aparador donde el comerciante muestra

sus telas; joyeros donde *Pizala* muestra sus alhajas.

Vuestras cabezas son los moldes de vuestros peluqueros, vuestros talles el *patron* de vuestras modistas: búcaros donde las floristas muestran al público los frios artificios de sus rosas de linon, de sus claveles de terciopelo, de sus hojas de tafetan, de sus ramos de seda y alambre.

¿Qué sois? Vasos de barro frágil desde donde el perfumista anuncia al público que aspira vuestra belleza las delicadas combinaciones de sus esencias mas exquisitas.

Sois el lujo, esto es, la gran mentira de la civilización, la gran miseria de nuestros tiempos.

Sois lo que los bastidores de un teatro, pura perspectiva.

No sois hijas, no sois esposas, no sois madres; no sois mas que hermosas, jóvenes y elegantes.

Pensais en el vestido de ayer, soñais con el aderezo de mañana.

El reloj de jaspe y de oro que late apresuradamente como si le faltara el tiempo para vivir, os está diciendo a cada momento: «Al teatro,» «Al baile,» «Al coche,» «Al salon.»

Es un resorte que os está empujando siempre, como si le pesara vuestra presencia.

Cantais, no de alegría, sino por vanidad.

El amor es la pasión de vuestra alma, porque es el amor propio.

Los hijos molestan, los maridos fastidian, las madres ya son antiguas.

Teneis un pudor; cierto, ese pudor que os hace ocultar todo lo que os afea.

En un café se hablaba una noche de una famosa belleza. Cada uno de los presentes ponía sobre la mesa a la admiración de los demás, uno de los encantos de aquella perfecta hermosura.

Habia allí un joven que acababa de llegar a Madrid.

— ¿Usted la conoce? le preguntó uno.

— Sí, le contestó, anoche la vi por primera vez en el teatro.

— ¡Quedaría Vd. admirado!

— No, le replicó; desnuda no me gusta.

Admirable mujer esa, estaba dispensada de todo pudor, porque no tenia nada que tajar.

Vosotras teneis tambien profundos dolores: la primera arruga y la primera cana os cuestan torrentes de lágrimas.

Las demás penas de la vida las llorais con lágrimas de oro.

Sobre el cadáver de vuestro hermano, de vuestro padre ó de vuestro hijo echais el suntuoso llanto de un magnífico entierro, y enjugais vuestras lágrimas con el soberbio sudario en que haceis encerrar sus restos.

Y si el luto os cae bien ¡qué consuelo!

Moris, preciso es confesarlo, como las flores, dejando en pos de vuestro camino un mundo de hojas marchitas: vuestro guarda-ropa esparcido por la tierra.

Dejais el recuerdo de vuestros ricos vestidos, la memoria de vuestras últimas joyas, la imagen vaporosa de vuestra exquisita elegancia.

Hé ahí el mundo.

Vosotras lo habeis encerrado en el estrecho recinto de cuatro tablas. Llamais *mundo* con perfecta exactitud a un inmenso baul que llevais siempre a la espalda. Dentro de él está vuestro corazón.

Ya es hora de abrirle. Veamos.

— ¿Qué hay en él?

— Cuatro adornos, cuatro piedras y cuatro trapos.

— ¿Nada mas?

— Nada mas.

Ese es el mundo.

La pluma.

Un tintero es un abismo.

No hay mas que asomar la mirada a la boca siempre abierta de ese pozo, para convencerse de que es imposible medir las profundidades de su oscuridad.

La tinta es negra por una razon verdaderamente triste: es el luto de las ideas.

Todos los niños lloran al nacer; los pensamientos no tienen lágrimas, y muestran su dolor vistiéndose de negro.

Por una contradicción inexplicable, el hombre se vale de la tinta para esparcir por la tierra la claridad de sus ideas.

Esto es lo mismo que si el sol esparciera por el mundo la luz del día, valiéndose para ello de la oscuridad de la noche.

Para mí el tintero es la representación de nuestra propia inteligencia: es oscuro como el fondo de nuestros pensamientos.

Siempre que escribo, se me pone delante de los ojos como un enigma dentro del cual se encierra todo lo que yo quiero decir.

Me parece que es mi entendimiento que está sobre la mesa.

El que habla, piensa con la lengua; el que escribe, piensa con el tintero.

Observad que nos dejamos en el tintero todo lo que se nos olvida.

¿Qué es un tintero? pensadlo bien.

Para mí es una especie de mar negro en el cual el hombre pesca sus propias ideas.

La pluma es la hija del tintero.

Su oficio es tejer todos esos cabos sueltos que forman en el diccionario el hilo misterioso de la lengua.

La pluma puede ser un arma terrible.

Hé aquí lo que sobre el particular me confía la que tengo en la mano.

Por grande que sea el desprecio con que un hombre mira su vida, siempre se detiene al ver delante de su pecho el cañon de una pistola.

La sociedad es mucho mas valiente.

Todos los días se arroja tranquila y serena contra esa multitud de proyectiles, que continuamente lanzan al aire los cañones inagotables de vuestras plumas.

Con una pistola se puede muy fácilmente matar a un hombre; con una pluma se puede aun mas fácilmente matar un alma.

La pluma es un arma de precisión, cuyos tiros van a herir el corazón ó la cabeza.

Unas veces muere de improviso como las víboras; otras veces lame suavemente como vampiros.

Madrid amanece un día agitado por la noticia de un terrible suceso.

La historia del acontecimiento puede ser cualquiera de estas tres.

Es indiferente que sea un libertino, que soborna a los criados de la casa y penetra en ella, dejando al salir la marca de la deshonra en la frente de una familia.

Tambien puede ser un hombre que se introduce en otra casa merced a la virtud de una llave maestra, y con admirable habilidad deja en la calle a una madre y a unos cuantos hijos, a los que indudablemente desde ese momento les queda el derecho de pedir limosna.

De la misma manera puede ser una sombra oculta detrás de una esquina, que levantando repentinamente el brazo arroja al espanto de los transeúntes, a la agitación del barrio, a las investigaciones de la justicia y al honor de todos, el espectáculo mudo y frio de un cadáver.

Es indiferente que sea una violación, un robo ó un asesinato.

Cada uno de estos tres casos nos da en la cara sucesivamente con estas tres cosas: un puñado de oro, una llave maestra y un puñal.

Madrid se halla profundamente conmovido, sinceramente indignado.

Cada familia ve su honra al arbitrio de unas cuantas monedas; cada vecino ve su fortuna amenazada por el gancho retorcido de una *ganziúa*; cada uno ve su vida pendiente de la punta de un puñal.

La indignación pública se desahoga en estas tres proposiciones: el oro es un elemento de corrupción; la *ganziúa* es la herramienta de los ladrones; el puñal es el arma de los asesinos.

La honra, la fortuna y la vida.

Estas son las tres cosas que necesitan de todo el amparo de las leyes, de toda la actividad de los tribunales, de toda la fuerza de la sociedad.

Yo no tengo para sobornar ni una llave de esas que abren todas las puertas, ni un puñal para herir a un hombre.

Yo no tengo mas que una pluma. Es brillante como el oro, ágil como una llave maestra, aguda como un puñal; pero no es ninguna de esas tres cosas.

El libertino deshonra, el ladrón roba, el asesino mata, y yo escribo.

Ellos tienen sus vicios, yo mis opiniones; ellos son unos criminales, yo soy un escritor, un poeta, un filósofo.

Yo fabrico la serpiente, y ella muere.

Madrid se estremece de indignación ante una familia deshonrada, ante una casa robada, ante el cadáver de un hombre asesinado, y clama contra el seductor, contra el ratero, contra el asesino.

Aquí hay un hombre que corrompe el corazón de las mujeres; que roba a la inocencia el tesoro de las virtudes; que mata el alma de la juventud.

La mayor parte de esos cadáveres que la prostitución pasea orgullosamente por los sitios mas públicos de Madrid, son sus víctimas.

Todos esos hijos que se mofan de la santa autoridad de sus padres, son la realidad de sus pensamientos.

Todos esos seres con que a cada paso tropezamos en la vida, frios como si fueran el sepulcro de un alma muerta, son sus obras.

Su pluma es como el relámpago, que brilla para cegar.

Sus pensamientos tienen la frondosidad funesta de esos árboles, a cuya sombra dormirse es morir.

Este hombre no es un seductor, ni un ratero, ni un asesino; es un hombre de talento.

Se solicita su amistad, se admira su genio, se le abren todos los brazos y todas las casas, se le oye como a un oráculo, se le llena de oro y se le cubre de honores.

Si sedujera con el brillo de unas cuantas monedas, si robara con una *ganziúa*, si matara con un puñal, sería a los ojos de todos un seductor infame, un ratero despreciable, un cobarde asesino.

Pero todo eso puede hacerlo con la pluma, y en vez de ser corruptor, ratero ó asesino, es el honor de las letras, la gloria del arte, el orgullo de la inteligencia.

Todos le llamamos gran poeta, profundo filósofo, genio sublime.

La pluma es el arma mas terrible que ha podido ponerse en manos de los hombres.

Y para ver que la pluma es un arma terrible, no hay mas que observar que ya no hay pluma que no sea de acero.

Yo no sé qué es mas temible, si un escribano ó un escritor.

JOSE SELGAS.



El Paraiso en Paris.



El Infierno en Paris. — (Véase la Revista de Paris.)

Paris y Londres en 1793.

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

— ¡Buenos días, amigos! dijo el tabernero á los tres Juanes sin cesar de mirar á su mujer. La habitacion por alquilar que deseais ver, y de que me habeis hablado antes de salir de la tienda, está en el sexto piso, en la escalera de la mano derecha y dentro del patio; pero me acuerdo que uno de vosotros la ha visitado ya, y podrá enseñaros el camino. Adios, señores.

Los tres compañeros pagaron y salieron de la tienda. M. Defarge, apoyado en el mostrador, parecia estudiar la obra de su mujer, que seguia haciendo media, cuando el caballero anciano se acercó y le preguntó si podia hablarle dos palabras.

— Con mucho gusto, caballero, respondió el tabernero que se dirigió hacia la puerta con su interlocutor.

La conversacion fué breve; á la primera palabra el tabernero hizo un movimiento de sorpresa y manifestó el mas vivo interés, y apenas habia terminado la segunda frase, cuando hizo un ademán al desconocido, invitándole á que le siguiera, lo mismo que á la jóven que le habia acompañado, y los tres se alejaron.

La señora Defarge continuaba en tanto haciendo media con rapidez, y tenia la frente tan tranquila y los ojos tan bajos, que es probable que no hubiese visto nada de lo que pasaba en la tienda.

El tabernero condujo á M. Lorry y á miss Manette á la escalera por donde acababan de entrar los tres Juanes. Para llegar á ella era preciso cruzar un pequeño patio húmedo y sucio, comun á algunas casas habitadas por un número considerable de inquilinos.

Cuando M. Defarge entró en el corredor oscuro que terminaba en la escalera, se arrodilló delante de la hija de su antiguo amo y le besó la mano. Se habia verificado una trasformacion completa en el tabernero, quien no era ya el hombre de buen humor, de rostro franco y risueño, sino un hombre grave, discreto y amenazador.

— No os apresureis, la escalera es muy oscura y pendiente, dijo con voz sombría dirigiéndose á M. Lorry.

— ¿Está solo? murmuró el anciano.

— Solo. ¿Quién quereis que pueda acompañarle? repuso el tabernero en voz baja.

— ¿Siempre está solo?

— Siempre.

— ¿Está muy cambiado?

— ¡Si está cambiado!

El tabernero se paró para descargar un golpe en la pared, y profirió entre dientes una imprecacion horrible.

No podia darse respuesta mas significativa, y M. Lorry se entristecia cada vez mas mientras avanzaba por el corredor.

La escalera de una casa de esta clase con sus accesorios es aun bastante repugnante en los antiguos barrios de Paris; pero en aquella época era difícil, para él que no estaba á ello habituado, soportar su aspecto y su hedor. Cada habitacion, ó mas bien cada aposento de aquella colmena de seis pisos, depositaba la basura en un cubo y arrojaba el resto por la ventana; esta masa de restos en descomposicion hubiera sido mas que suficiente para viciar el aire mas puro, aun cuando la miseria no hubiese añadido sus miasmas; pero estos dos manantiales combinados lo corrompian completamente.

En medio de esta atmósfera envenenada se abria el pasillo sombrío y cenagoso que seguian el tabernero y sus dos compañeros.

M. Lorry se paró tres veces por necesidad personal y por compasion á miss Manette, cuya agitacion era por momentos mas viva. Estas tres pausas se habian verificado cerca de las ventanas cuyos barrotes dejaban escapar la parte menos corrompida de la atmósfera, en tanto que los miasmas infectos se arrastraban en el interior donde se acumulaban sin cesar. Al través de estas rejas cubiertas de un orin nauseabundo, se vislumbraba una confusa masa de edificios vecinos, y á excepcion de los campanarios de Nuestra Señora, no se veia nada que recordase una vida sana ó un tranquilo bienestar.

Nuestros amigos llegaron por fin al último escalon donde descansaron por cuarta vez, y desde allí una segunda escalera, mas pendiente y angosta, una verdadera escala de mano, conducia á la guardilla.

El tabernero que iba delante y al lado de M. Lorry, como si temiera las preguntas de la jóven, se paró, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta que llevaba al hombro, y sacó una llave.

— ¿Está encerrado? preguntó M. Lorry con sorpresa.

— Ya lo veis, respondió M. Defarge.

— ¿Creeis que es necesario?

— Indispensable.

— ¿Porqué?

— Porque ha vivido mucho tiempo bajo cerrojos, y tendria miedo, se mataria, haria alguna extravagancia si encontrase la puerta abierta.

— ¡Será posible! exclamó M. Lorry.

— Es cierto, respondió el tabernero con amargura. ¿Qué mundo tan feliz ese en que semejantes cosas, no tan solo son posibles, sino que como tantos otros hechos análogos, pasan todos los días á la faz del cielo! Pero continuemos.

Este diálogo habia tenido lugar en voz baja, y no oyó nada la jóven. Sin embargo, su emocion era tan viva y tan profundo su terror, que M. Lorry creyó que debia dirigirla algunas palabras.

— ¡Animo, señorita! le dijo; es un negocio importante... Lo mas cruel es cruzar la puerta, y despues todo habrá acabado. Pensad en los consuelos, en la dicha que le traeis. Hija mia, permitid que os sostenga el excelente Defarge. Muy bien, querido amigo... ¡Señorita, valor! Es un negocio... un negocio...

La escalera era corta, y muy pronto llegaron á su extremo. La especie de corredor en que entraron formaba un brusco rodeo, y vieron enfrente tres hombres que tenian los ojos fijos en una hendidura de la pared, y miraban con gran atencion. Aquellos hombres se volvieron al oír pasos, y M. Lorry reconoció á los tres bebedores que un momento antes estaban al lado de la señora Defarge.

— Vuestra visita me ha sorprendido tanto, que les habia olvidado, dijo el tabernero. Dejados, amigos; tenemos que hacer aqui.

Los tres hombres se alejaron y desaparecieron en silencio.

Cuando hubieron pasado, el tabernero se dirigió hacia la única puerta que se veia en el corredor.

— ¿Habeis convertido á M. Manette en objeto de curiosidad? le preguntó M. Lorry en voz baja con cierto enojo.

— Solo lo enseño á algunos elegidos.

— ¿Creeis que eso es bien hecho?

— Creo que sí.

— ¿Qué gentes son esas á quienes lo enseñais así?

— Hombres de valor que llevan mi nombre (me llamo Juan), para los cuales es saludable este espectáculo. Vos sois inglés, y es muy distinto.

M. Defarge se inclinó, miró por la hendidura de la pared, y levantándose despues, llamó dos veces á la puerta con la mano, sin mas intencion que la de hacer algun ruido, y por el mismo motivo hizo rechinar la llave en la cerradura.

La puerta se abrió lentamente, y el tabernero asomó la cabeza, profirió ciertas palabras á las cuales respondió una voz débil, y volviéndose hacia M. Lorry y miss Manette, les indicó con un ademán que le siguieran. M. Lorry vió que la jóven se bamboleaba, y la sostuvo en sus brazos en el momento en que iba á caer.

— ¡Valor, hija mia! balbuceó con la frente inundada en un sudor que nada tenia de comun con los negocios; ¡valor! Ya veis que es forzoso entrar.

— Tengo miedo, respondió ella estremeciéndose.

— ¿De qué teneis miedo, señorita?

— De él, de mi padre.

M. Lorry, asustado del estado en que veia á su compañera, y turbado por los signos que le hacia el tabernero, tomó un partido desesperado, y levantando en sus brazos á la jóven, se precipitó con ella en la guardilla donde la sentó sin dejar de sostenerla.

Defarge cerró la puerta, sacó la llave de la cerradura y la conservó en la mano, haciéndolo metódicamente y con ruido. Se acercó despues á la ventana y volvió hacia donde estaban el anciano y la jóven.

El cuarto donde acababan de entrar habia sido construido para depósito de leña, y estaba completamente oscuro. La ventana, es decir, lo que hemos llamado así, no era mas que una abertura practicada en el techo y cerrada con una puerta de madera, en la que se veia una gruesa polea por medio de la cual se introducian los objetos pesados que querian depositar en la guardilla. Las dos hojas de aquella puerta apenas entornadas, sin duda á causa del frio, dejaban penetrar una luz tan débil en aquel chiribitil, que era preciso un largo hábito de la oscuridad para dedicarse allí á un trabajo que exigiese algun cuidado.

Sin embargo, trabajaba en aquel aposento una persona con aplicacion. Con el rostro vuelto hacia la ventana, cerca de la cual estaba de pié el tabernero, un anciano, sentado en un banquillo y con la cabeza inclinada sobre su trabajo, estaba haciendo un par de zapatos que absorbian completamente su atencion.

CAPITULO VI.

EL ZAPATERO.

— Buenos días, dijo el tabernero.

— Buenos días, le respondió una voz tan débil que se hubiera tomado por un eco lejano.

— ¡Siempre trabajando!

— Sí... trabajo.

Esta voz tenia un acento desgarrador y horrible; no era la debilidad que resulta del enflaquecimiento físico, aunque hubieran contribuido á ella en gran parte los padecimientos, sino la que se contrae en la soledad y procede del prolongado silencio. Aquella palabra ahogada, de la que estaba ausente la vida, y que no tenia ya nada de las vibraciones de la voz humana, producía el mismo efecto que un rico color borrado por el tiempo, y que no es mas que una mancha palida sin relacion con el matiz que tenia en otro tiempo. Aquella voz era tan hueca, que se hubiera dicho que salia de un subterráneo, y su acento expresivo era el de un viajero que muriéndose de sed, se lamenta recordando la patria y los seres queridos que no volverá á ver jamas.

Despues de trabajar en silencio algunos minutos, el hombre encanecido alzó nuevamente los ojos, no por interés ó curiosidad, sino bajo la influencia de una percepcion completamente maquinal, porque el sitio donde habia visto á M. Defarge continuaba ocupado.

— Quisiera ver mejor, dijo el tabernero que le miraba fijamente; ¿podeis soportar una luz mas viva?

El zapatero volvió la cabeza, miró al techo en torno suyo prestando oído con ademán distraido, y despues dirigió la vista á M. Defarge.

— ¿Qué habeis dicho? murmuró.

— Os he preguntado si soportarais sin dolor una luz mas viva.

— Habré de soportarla... si lo exigis.

La sombra de una intencion habia hecho brotar timidamente las dos últimas palabras.

M. Defarge empujó una de las hojas de la ventana y la sujetó, y un vivo rayo de luz entró repentinamente y permitió ver al zapatero, que con la horma sobre las rodillas, habia suspendido su trabajo.

Estaba rodeado de instrumentos y de pedazos de cuero. Su barba blanca, desigualmente cortada, no era muy larga, pero su rostro estaba descarnado, y sus ojos, cuyo excesivo brillo brotaba debajo de sus cejas negras aun, y de una masa confusa de canosos cabellos, parecian de una magnitud sobrenatural. Serviale de camisa una especie de blusa de lana amarilla hecha girones y abierta por el pecho, que dejaba ver un cuerpo ajado y marchito, y toda su persona, asi como su chaqueta vieja de lienzo ordinario, sus medias demasiado anchas y sus andrajos, habian tomado con la privacion de luz y de aire un color de pergamino tan uniforme, que hubiera sido difícil reconocer su matiz primitivo ni adivinar lo que habian sido en otro tiempo.

Habia puesto una de sus manos delante de la luz para preservar los ojos, y no tan solo sus músculos, sino hasta sus huesos, parecian diáfanos.

Con la mirada fija en el vacío, no respondia al tabernero hasta despues de mirar varias veces en torno suyo, como si hubiese perdido el hábito de aplicar los sonidos al sitio de su origen, ó si buscase de dónde procedian las palabras que llegaban á su oído.

— ¿Acabareis hoy ese par de zapatos? le preguntó M. Defarge haciendo al inglés una seña para que se colocase á su lado.

— ¿Qué decís?

— Pregunto si teneis intencion de acabar hoy esos zapatos.

— No puedo decir que tenga intencion... lo supongo... no lo sé...

Estas palabras le recordaron su tarea, y continuó trabajando.

Sin embargo, dos minutos despues de estar M. Lorry al lado de Defarge, el zapatero alzó sus ojos huraños, y no manifestó sorpresa alguna al ver otra persona; pero se llevó los dedos trémulos á sus labios que estaban tan blancos como sus uñas, y continuó trabajando.

— Teneis una visita, dijo el tabernero.

El zapatero miró en torno suyo sin dejar el trabajo.

— Mirad, continuó el tabernero; este caballero es muy inteligente en zapatos. Enseñadle el que estais haciendo para que vea que está bien cosido.

El anciano obedeció maquinalmente.

— Decid á este caballero cómo se llama ese calzado, y cuál es el nombre del que lo ha hecho, prosiguió el tabernero.

La respuesta se hizo esperar largo rato.

— ¿Me preguntábais alguna cosa? dijo por fin. ¿Qué deciais? no me acuerdo...

— Os suplico que expliqueis á este caballero de qué clase es el zapato que acabais de hacer.

— Es un zapato de mujer, un zapato de paseo como se usan ahora. No he visto la moda, pero he tenido un modelo, añadió mirando su obra con cierta satisfaccion y orgullo.

Despues de entregar el zapato á M. Lorry, se pasó el dorso de la mano derecha por el hueco de la mano izquierda y reciprocamente, llevándose la una despues de la otra á la barba que se acariciaba con regularidad y sin interrupcion. Para arrancarle de la abstraccion en que volvia á caer inmediatamente despues de haber hablado, era preciso tomarse tanto trabajo como para hacer volver en sí á una persona desmayada, ó para reanimar un moribundo con la esperanza de obtener una confidencia.

— ¿No me habeis preguntado mi nombre? repuso con ademán distraido.

— Sí.

— 105, torre del Norte.

— ¿Nada mas?

— 105, torre del Norte.

Artículo débilmente un sonido que, sin ser un gemido ó un suspiro, expresaba el cansancio, y continuó su trabajo.

— ¿Habeis sido siempre zapatero? le preguntó M. Lorry mirándole fijamente.

Sus ojos vagos se volvieron hacia Defarge como para trasmitirle la pregunta que se le hacia; pero viendo que este callaba, contempló al inglés despues de buscar el sitio donde se hallaba.

— ¿Si he sido siempre zapatero? le dijo. No, no era ese mi estado. He principiado aqui, lo he aprendido por mi tan solo. Habia pedido...

Se paró bruscamente, pareció haber olvidado á su interlocutor, y empezó á ponerse una mano sobre la otra con regularidad maquinal.

Al cabo de algunos minutos sus ojos encontraron otra vez la figura del inglés, y se estremeció como quien despierta asustado, y continuó la frase que habia principiado.

— Habia pedido permiso para tomar un oficio... Me costó mucho trabajo... tardé mucho tiempo en conseguirlo... pero desde entonces he hecho siempre zapatos.

— Doctor Manette, le dijo M. Lorry devolviéndole el zapato, ¿no os acordais de haberme visto?

El anciano dejó caer el zapato que había tomado y miró fijamente al inglés.

— Doctor Manette, continuó este poniendo la mano sobre el brazo de Defarge, ¿no os despierta este hombre ningún recuerdo? Miradle bien, miradme a mí. Decidme. Un antiguo banquero... un antiguo criado... antiguos negocios... todo un pasado ¿no se forma hoy nuevamente en vuestra memoria?

Mientras sus ojos se fijaban alternativamente en su antiguo amigo y en el tabernero, algunos indicios de inteligencia traspasaron la nube que cubría su entendimiento y volvieron a aparecer un momento en los pliegues de su frente pálida, pero muy pronto se ofuscaron. Sin embargo, se encontraban con tanta semejanza en la frente de la joven que tendía hacia él sus brazos trémulos, que hubiera podido creerse que habían pasado de la una a la otra como el reflejo de una luz que muda de sitio.

El anciano miró a Defarge y a M. Lorry con ademán cada vez más distraído, exhaló un prolongado suspiro, recogió el zapato y se puso a trabajar.

— ¿Habeis conocido a este caballero? le preguntó Defarge en voz baja.

— Sí. Creí al principio que no podría, pero estoy seguro de haber visto durante un momento a una persona que conocí en otro tiempo... ¡Chist! retrocedamos un poco... ¡Silencio!

Su hija se había acercado lentamente al banquillo, y le puso la mano en el hombro; pero el anciano, que ni siquiera sabía que existiese, no sospechaba su presencia, é inclinado sobre el zapato, trabajaba activamente.

No dijo una sola palabra, no exhaló un sonido. Ella estaba en pie a su lado como un ángel bueno.

El pobre loco, con la vista fija en su obra, se había olvidado de que no estaba solo. Llegó sin embargo un momento en que necesitó el trinchete, cuyo instrumento estaba a sus pies. Lo cogió, y cuando iba a servirse de él, vió un vestido de mujer, alzó los ojos y vió a la joven.

M. Lorry y el tabernero se acercaron temiendo que la hiriera con el instrumento; pero ella no tenía miedo y les alejó con un ademán.

El antiguo preso lanzó hacia ella una mirada de terror, sus labios se agitaron sin producir sonido alguno, y al través de su respiración anhelosa pudo articular estas palabras:

— ¿Quién... es?

La joven, con el rostro bañado en lágrimas, se llevó la mano a los labios, le envió un beso, y cruzó los brazos sobre el pecho como si hubiera estrechado sobre su corazón la canosa cabeza del cautivo.

— ¿Sois la hija del carcelero? le dijo.

— No.

— Pues ¿quién sois?

No atreviéndose a fiarse en su voz, fué a sentarse a su lado en el banco que le servía de asiento y de mesa. El anciano quiso retroceder; pero ella le puso la mano en el brazo.

Al sentir este contacto se estremeció todo su cuerpo, dejó el instrumento y miró a la joven.

Los dorados cabellos de su hija formaban ricos racimos de largos bucles sedosos.

El anciano levantó la mano, la acercó por grados, cogió uno de los rubios bucles y lo contempló durante algunos momentos; pero mientras lo tenía en la mano volvió a abismarse poco a poco en el estado de idiotismo que le era ordinario, y exhalando un profundo suspiro, se puso a trabajar.

Pero no trabajó mucho rato, porque después de haber dirigido dos ó tres veces distintas una mirada incierta hacia la joven para asegurarse de que aun estaba a su lado, suspendió su trabajo, se llevó la mano al pecho y sacó un cordón ennegrecido del cual pendía un trapo plegado que abrió cuidadosamente sobre su rodilla. Dentro del trapo había dos largos cabellos de un rubio dorado que en otro tiempo se había arrollado en el dedo. Volvió a tocar uno de los bucles de su hija, acercó los cabellos que guardaba para compararlos y los miró con atención.

— Son los mismos, dijo. ¿Cómo es posible? ¿Quién me los dió? ¿De qué manera han llegado a mi poder?

Mientras volvía a aparecer la inteligencia en su frente, pareció reconocer en el rostro de su hija las líneas que se formaban en la suya, y volviéndola para que le diese de lleno la luz, la contempló con atención murmurando estas palabras como si hablase para sí:

— Había reclinado su cabeza en uno de mis hombros... era de noche... vinieron a llamarme... Ella tenía miedo y no quería que saliese de casa, pero yo nada temía. Cuando estuve en la torre del Norte, me los encontraron en la manga. « ¿Queréis dejármelos? les dije. No podrán hacer que huya de vuestro poder mi cuerpo, pero permitirán que mi alma salve algunas veces estas paredes. » Esto les dije; me acuerdo muy bien.

Había articulado con los labios y con diferentes interrupciones cada una de las palabras que quería pronunciar antes de proferirlas de una manera perceptible; pero luego que las llegaba a hacer oír, las repetía con inteligencia aunque con extrema lentitud.

— ¿Cómo es posible esto? ¿Eras acaso tú?

Los dos espectadores volvieron a acercarse aterrados por el acento con que habían sido pronunciadas estas palabras y por el movimiento rápido que las acompañó; pero ella les indicó con un ademán que no se moviesen de su sitio.

— Os suplico, señores, que no digais nada; dejadnos.

— ¡Oid!... exclamó el pobre loco. ¿Qué voz es esa?

Se llevó la mano a sus canas y se las arrancó en un acceso de frenesí.

Pero su emoción se desvaneció como una luz fugitiva.

Encerró los dos cabellos rubios en el pedazo de tela y se los volvió a poner en el pecho; pero no cesaba de mirar a su hija, y murmuró moviendo la cabeza con expresión sombría:

— No... no... Sois muy joven... No puede ser... Mirad lo que ha sido del preso... No son estas las manos, el rostro y la voz que ella conocía... ¡no! Ella y él vivían hace mucho tiempo... mucho... antes de esos largos años pasados en la torre del Norte. ¿Cómo os llamais, ángel hermoso?

— Os lo diré después, respondió miss Manette arrojándose delante de su padre y tendiendo hacia él las manos cruzadas. Sabreis quiénes fueron mis padres y por qué he ignorado su historia... Hoy es imposible. Todo lo que puedo hacer actualmente es suplicaros que me bendigais... que me abracéis... ¡Os lo suplico... abrazadme!

El cautivo tendió los brazos a su hija y mezcló sus canas con los hermosos cabellos de oro que le rodearon como una auréola.

— Si reconocéis en mi voz, prosiguió esta, la voz que amasteis un día, dejad que corran vuestras lágrimas... Si al tocar mis cabellos recordais la cabeza querida que en vos se apoyaba cuando érais libre, llorad, padre mio; si al hablar de los cuidados que os prodigara mi amor despierto en vuestra alma el recuerdo del hogar donde tanto se gimió por vuestra ausencia... ¡llorad... llorad!

Y le estrechó contra su pecho y le mecía como un niño.

— Padre... querido padre mio; si al deciros que he venido a buscaros para daros reposo, os hago pensar en vuestra existencia que podía ser tan útil y que se ha perdido en la inacción y el dolor; si al deciros que os llevo a Inglaterra os hago pensar en la Francia que tan cruel ha sido para vos, ¡llorad... llorad sin temor! He de hablaros de la que ya no existe; he de deciros que me arrodillo ante mi padre para que me perdone mi vida feliz y tranquila... para que perdoneis el no haber pensado día y noche en sus tormentos y en apresurar su libertad. Llorad sobre ella, llorad sobre mí... Amigos míos, acabo de sentir sus lágrimas sagradas.

Y la hija del pobre anciano sollozaba.

— ¡Dios mio, bendito seas! ¡bendito seas!

Y el anciano, con la cabeza apoyada en el corazón de su hija, se abandonaba a los dos brazos que le rodeaban.

Era un espectáculo tan tierno que Defarge y el inglés se cubrieron el rostro.

Cuando esta crisis violenta siguió todas sus fases, y la calma profunda, que en el hombre lo mismo que en la naturaleza sucede a las tempestades, se apoderó del anciano, M. Lorry y el tabernero corrieron a levantar al doctor que yacía en el pavimento, en tanto que su hija le sostenía la cabeza y le formaba con los cabellos un velo que le preservaba de la luz.

M. Lorry después de limpiarse varias veces las narices, se inclinó hacia la joven, y esta le dijo al oído:

— Si pudiera prepararse todo, podríamos sacarle luego de aquí y regresar sin tardanza a Inglaterra.

— ¿Se halla en estado de sobrellevar el viaje? preguntó el inglés.

— Peor será detenerle en esta ciudad cuya permanencia le es tan odiosa.

— Teneis razón, señorita, dijo el tabernero que se había arrodillado para oír mejor; hay además poderosos motivos para que el doctor Manette salga de París lo más pronto que sea posible. ¿Iré a encargar caballos de posta?

— Eso entra en el dominio de los negocios y es de mi incumbencia, repuso M. Lorry recobrando su actitud metódica.

— Tened la bondad de dejarme con él, dijo miss Manette con voz suplicante. ¿No veis qué tranquilo está? Nada temais. Si recelais que puede venir aquí algún extraño, cerrad la puerta. Tendré cuidado de él mientras esteis fuera, y cuando volvais le encontrareis tan tranquilo como ahora.

M. Lorry y Defarge, menos confiados que miss Manette, querían que uno de ellos se quedase en la guardilla; pero como además de los caballos y del carruaje se necesitaban pasaportes, el día estaba avanzado y no podía perderse tiempo, se decidieron a repartirse el trabajo.

Cuando salieron, la joven se sentó al lado de su padre que dormía profundamente.

La sombra principió a invadir lentamente la guardilla, y se fué haciendo más densa hasta que cerró del todo la noche.

Los dos permanecieron inmóviles hasta el momento en que una luz penetró por las hendiduras de la pared.

M. Lorry y Defarge no solo traían los pasaportes, sino también capas, pan, carne, café y vino. Colocaron la luz y los viveres en el banco que con una mala cama formaban todo el mueblaje de la guardilla, y el tabernero con el auxilio del inglés despertó al doctor y le hizo poner en pie.

Al contemplar el rostro del preso, en el que el temor se mezclaba con la sorpresa, nadie hubiera podido adivinar los pensamientos misteriosos que agitaban su mente. ¿Se acordaba de lo que había pasado? ¿Comprendía especialmente que había recobrado la libertad? El hombre más perspicaz no hubiera podido resolver estas dudas.

El representante de Tellson y compañía y el taber-

nero le dirigieron la palabra; pero miraba con tal vaguedad y sus respuestas eran tan confusas y lentas, que temieron aumentar su turbación y resolvieron no importunarle.

De vez en cuando se comprimía la cabeza con las manos con un ademán extraño que no habían visto en él hasta entonces, y la voz de su hija le causaba una satisfacción tan marcada, que volvía el rostro hacia ella siempre que hablaba.

Acostumbrado hacia tanto tiempo a una obediencia pasiva, comió y bebió cuanto quisieron, y no hizo ninguna observación cuando le suplicaron que se pusiera el vestido y la capa que había traído Defarge; pero pareció manifestar cierto afán en sentir el contacto de su hija, y le tomó la mano que conservó entre las suyas.

Era hora de partir, y Defarge cogió la luz, salió delante, y M. Lorry cerró el pequeño cortejo.

Apenas habían bajado algunos escalones de la escalera principal, cuando el doctor Manette se paró y miró con asombro el techo y las paredes.

— ¿Os acordais de esta escalera, padre mio? ¿Os acordais de haber entrado por aquí?

— ¿Qué decís? murmuró el anciano.

Pero no esperó para responder que le repitiera la pregunta.

— ¡Acordarme! balbuceó; no, no me acuerdo ya... ¡Hace tanto tiempo... tanto tiempo!

Su traslación de la Bastilla a la guardilla, de la que acababan de salir, no le había dejado al parecer ningún recuerdo, y se le oía murmurar en voz baja:

— ¡105... Torre del Norte!

Y cuando miraba en torno suyo lo hacia indudablemente para buscar las recias paredes de la fortaleza donde había pasado diez y ocho años.

Al llegar al patio, y cuando en vez del puente levadizo que esperaba encontrar, vió el carruaje en medio de la calle, se comprimó nuevamente la cabeza con las manos bajo el imperio de un asombro que se parecía al vértigo.

No había nadie cerca de la casa, nadie en las numerosas ventanas de la vecindad, y ni siquiera transeúntes en la calle. Un silencio poco natural reinaba en aquel sitio abandonado, y el único ser que se veía era la señora Defarge, que apoyada en la puerta de la tienda, hacia media sin mirar más que su trabajo.

— ¡A la barrera! dijo el tabernero subiendo al pescante.

El postillon hizo chasquear el látigo y el carruaje partió al trote, pasando primero bajo el débil resplandor de los reverberos, bajo la luz cada vez más viva de los barrios opulentos, de las ricas tiendas, de los teatros, de los cafés resplandecientes, al través de la multitud alegre; después bajo los reverberos más escasos, bajo la claridad cada vez más tenue de los arrabales, y finalmente por una de las puertas de la ciudad, donde había un cuerpo de guardia, soldados, linternas y un oficial que se acercó gritando:

— ¡Los pasaportes!

— Aquí están, respondió Defarge que bajó y se acercó al oficial. Este es el pasaporte del caballero anciano que encontrareis en el coche.

Y bajó la voz para hablarle al oído.

El oficial llamó a uno de los soldados, le tomó de la mano la luz y la acercó a la portezuela.

Dos ojos lanzaron entonces sobre el viajero canoso una mirada prolongada y penetrante.

— ¡Está bien, adelante! dijo el oficial.

— ¡Adios! gritó Defarge.

Y el carruaje los arrastró bajo la luz de algunos reverberos que oscilaban entre las sombras, y después bajo la bóveda profunda esmaltada de estrellas, antorchas eternas y tan lejanas de nosotros, que los rayos de algunas de ellas no han descubierto aun nuestro globo, este punto imperceptible del espacio donde se padece todo lo que es posible padecer.

Las tinieblas eran densas y fría la noche, y M. Lorry, sentado enfrente del hombre que había sacado del sepulcro, se preguntó hasta el amanecer qué suma de poder vital podría recobrar el resucitado en lo porvenir, y oyó más de una vez a las sombras nocturnas que murmuraban estas palabras:

— ¿Estais contento de haber vuelto a la vida?

Y que respondían como en el coche-correo de Douvres:

— No lo sé.

(Se continuará.)

Fábrica de ladrillos de M. E. Arnaud

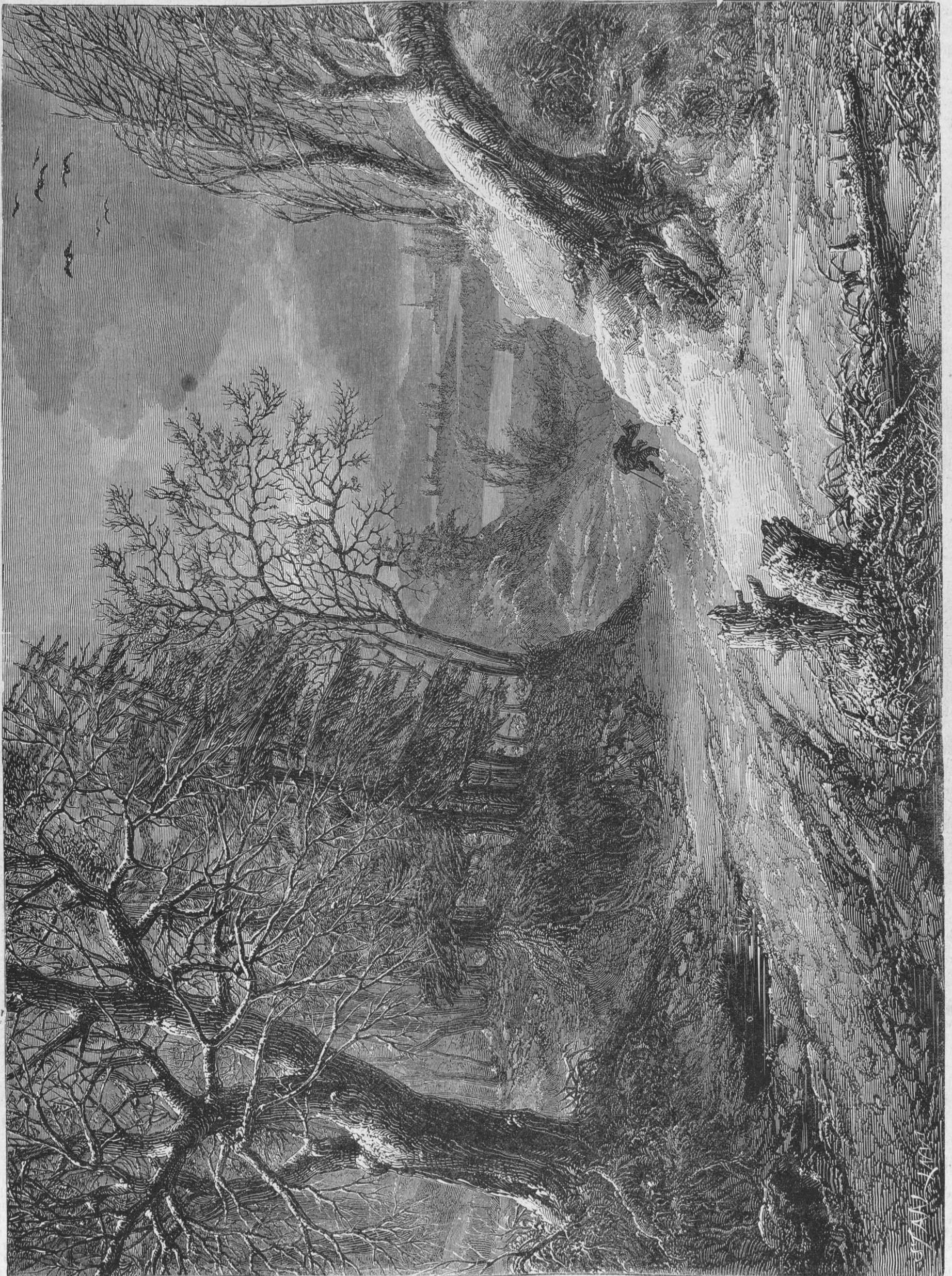
EN SAINT-HENRY (MARSELLA).

La fabricación del ladrillo en que nada se ha adelantado durante tanto tiempo, ha querido por fin seguir los progresos de la industria; pero los esfuerzos de los mecánicos fueron impotentes mientras solo se trató del ladrillo común. Los operarios que trabajan a la mano van tan de prisa y con más economía, de lo cual resulta que el ladrillo fabricado a la mano es preferido al que sale de la máquina. Sin embargo, en las piezas de formas particulares la mecánica recobra toda su ventaja, pues ella sola puede vaciar rápida y económicamente. Por esto se ha visto que poco a poco los ladrillos huecos se han ido sustituyendo a los macizos para construir los cañones de las chimeneas, para armar tabi-

ques, para guarnecer el intervalo de las vigas de hierro de los suelos, etc.
 Esto es lo que ha comprendido perfectamente M. E.

Arnaud, quien dedicado desde la juventud á la fabricacion de los productos cerámicos, fué aumentando su fabrica de ladrillos establecida en Saint-Henry (Mar-

sella) al mismo tiempo que perfeccionaba cada dia sus medios de produccion. De este modo las grandes empresas del canal de Marsella, del ferro-carril del Medi-



EL INVIERNO, composicion y dibujo de G. Staal.

terráneo y sus ramales, le encontraron en posicion de dar abasto á su consumo. Hay sobre todo un producto en el cual M. E. Arnaud se ha adquirido una superio-

ridad, recompensada con las primeras medallas en las exposiciones de Marsella (1861) y de Nimes; es la teja plana. Adoptada por la compañía del ferro-carril del

Mediodia, la teja plana cubre todas las construcciones hasta Lyon, lo mismo que en los ramales de Privas, Carpentras y Niza.

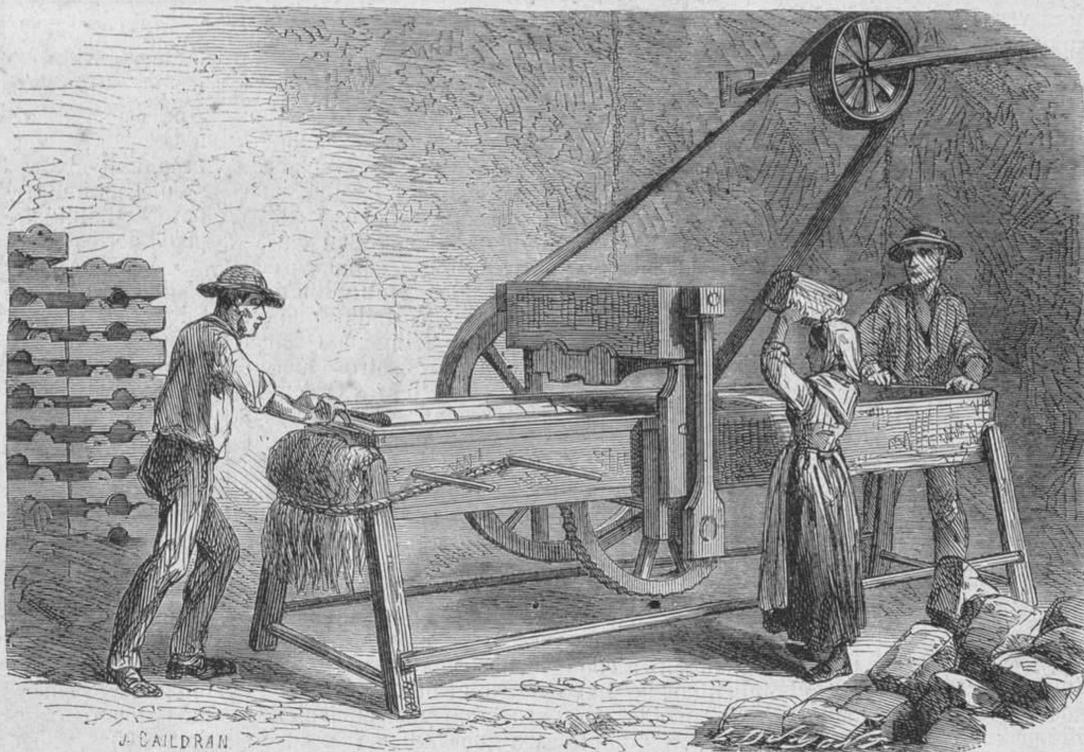
Ciento cincuenta operarios, constantemente ocupados en la fábrica de ladrillos de Saint-Henry, trabajan allí con gredas plásticas de calidad superior, esas tejas tan necesarias en el Mediodía privado de pizarra, y les dan formas tan bien estudiadas, que pueden resistir á los aguaceros lo mismo que á los mas fuertes huracanes.

R. D.

Don Vicente G. Quesada.

(Continuacion.)

Entre los artículos bibliográficos que se publicaron acerca de esa obra, reproduciremos algunos fragmentos de los que dieron a luz *el Orden*, diario redactado por el señor don Luis Dominguez, y *los Debates*, cuyo redactor principal era el señor don Bartolomé Mitre. Cuando hablan estos dos sobresalientes escritores, es preciso dejarles la palabra.



Fabricacion de ladrillos estriados.

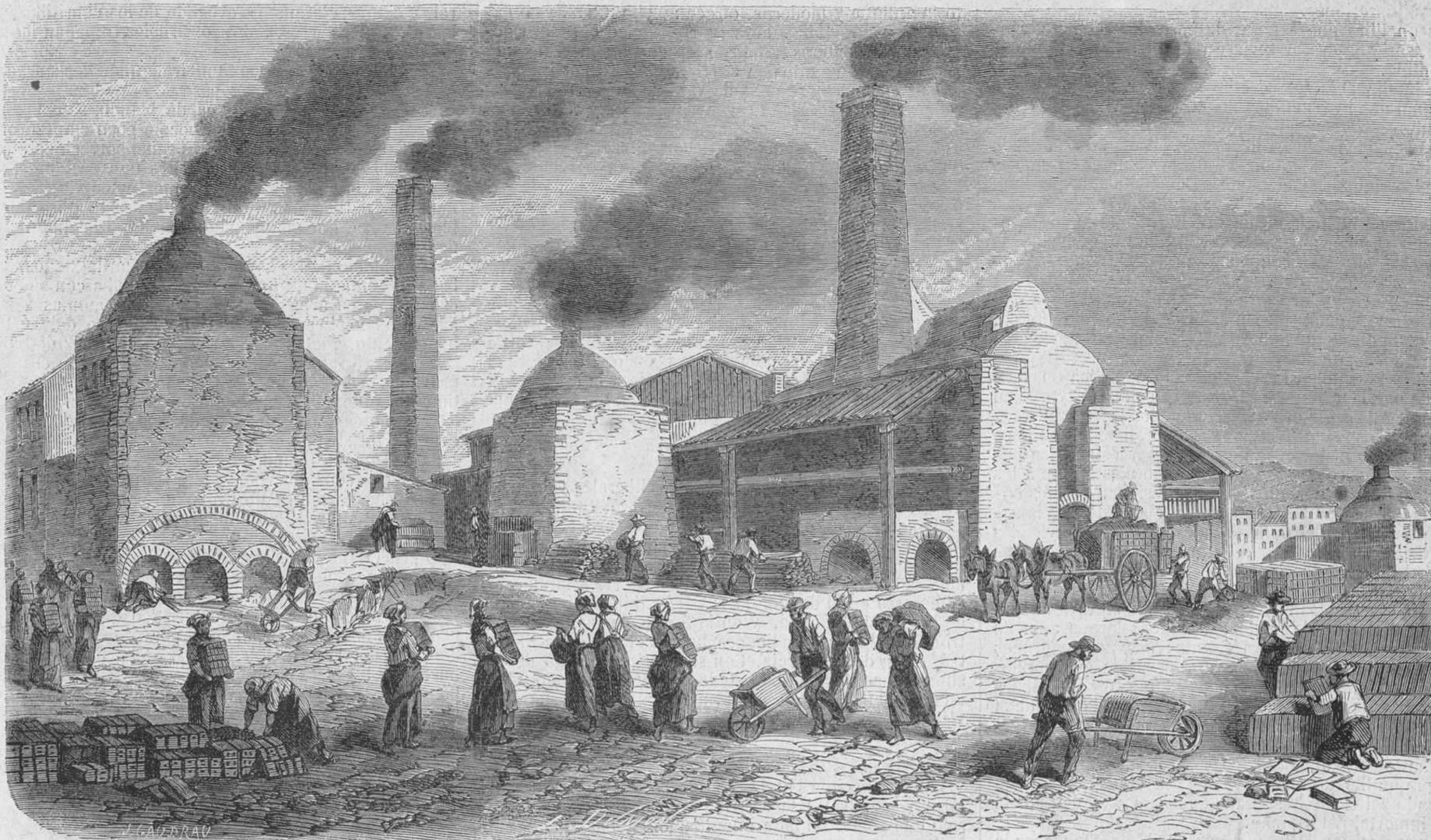
El Orden se expresaba así :

LA PROVINCIA DE CORRIENTES,
por V. G. Quesada, 1 vol. en 8º.

« Entre los libros mas útiles y mejor escritos que ha producido la prensa de Buenos Aires en este año, verdaderamente fecundo en publicaciones de todo género, debemos señalar el volumen que acaba de dar á luz el señor Quesada, uno de los jóvenes escritores que empiezan su carrera en nuestro pais.

El señor Quesada ha tomado por tema de su primer ensayo la importante provincia de Corrientes, dándola á conocer, en rápidos bosquejos, bajo sus principales aspectos y relaciones.

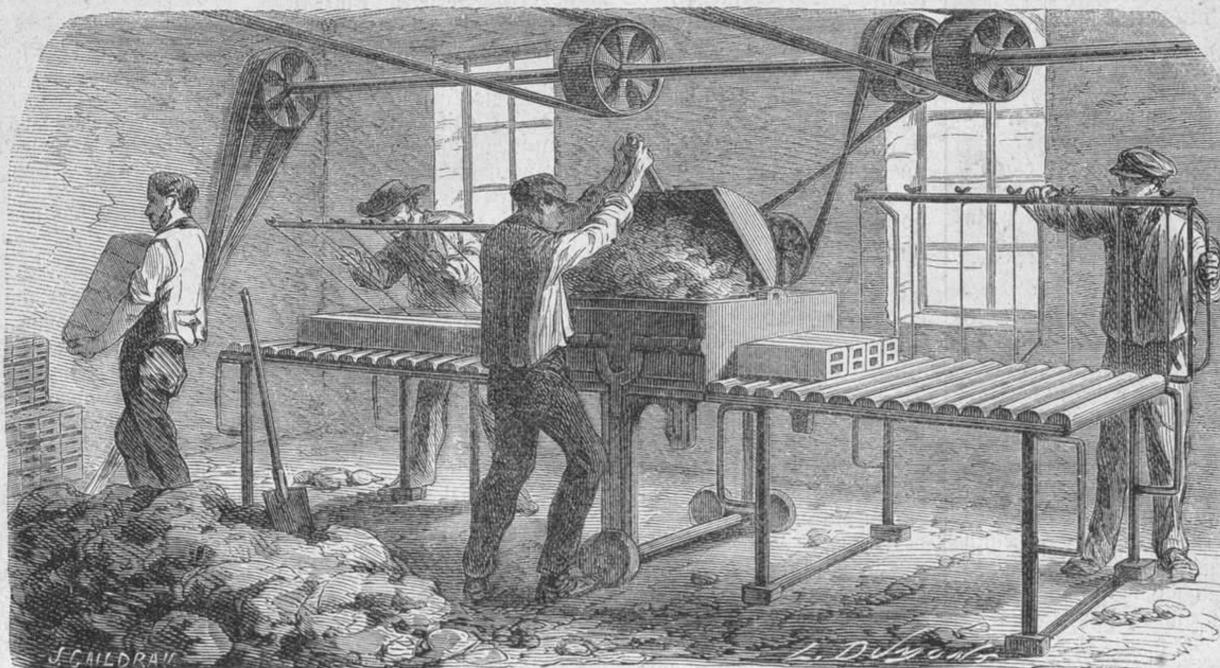
La primera mirada ha caido naturalmente sobre la raza primitiva que poblaba aquella tierra favorecida por la naturaleza con variedad infinita de producciones, y la ha descrito bajo el régimen monástico del jesuita, y luego dispersa en los bosques, olvidada de su cultura, disminuida y embrutecida.



Vista general de la fábrica de ladrillos de M. E. Arnaud. — Hornos de cocer los ladrillos.

En séguida ha observado la tierra misma, su sistema admirable de irrigacion natural, las producciones espontaneas de sus selvas ricas en maderas, en resinas, en flores y en sustancias medicinales, las aves variadas que las pueblan, los insectos y animales silvestres que los defienden, la fecundidad prodigiosa con que multiplica las semillas que el labrador confia á su seno generoso.

Ha invocado luego sus recuerdos de viajero, y ha descrito a la ciudad de las Siete Corrientes, dominada por la cruz milagrosa de sus primeros conquistadores, ya dormida a la sombra de sus naranjos olorosos, ya cruzada por sus graciosas aguadoras, que con el pié desnudo y el cántaro en la cabeza, descienden vestidas de blanco



Fabricacion de ladrillos tubulares.

al caer la tarde á las frescas orillas del Paraná.

El señor Quesada termina su itinerario en la ciudad de Vera, y pasa á dar informes curiosos sobre sus dos industrias principales, la agricultura y la ganaderia.

Despues consagra un capitulo a la historia del pais, que presenta en un bosquejo, demasiado rápido, y en el cual se limita á representar el papel de cronista; terminándolo por una noticia de las rentas y gastos de la provincia.

Todos estos conocimientos tienen el mérito de la novedad para la mayor parte de los lectores; pero el capitulo dedicado a los *Yerbales*, tiene el atractivo especial de los curiosos datos que se encuentran en un manuscrito inédito del célebre naturalista Bonpland,

que el señor Quesada da á luz por primera vez. Era imposible hablar de Corrientes sin ocuparse del río Bermejo, canal de comunicacion con las ricas provincias del Norte, cuya embocadura se encuentra pocas leguas mas arriba de aquella ciudad.

El autor se detiene en la descripción de las ventajas de esta navegacion que está todavía en ensayo, y demuestra el porvenir que está reservado á Corrientes, luego que el comercio frecuente aquellas aguas.

Este cuadro interesante se cierra con algunos recuerdos personales y sentimentales del autor, y con la descripción de los tipos indígenas, que forman los rasgos peculiares de la fisonomía correntina.

Tal es la tela sobre la cual el señor Quesada ha formado un libro interesante y útil, lleno de informes curiosos, y escrito en un estilo fácil y elegante.

No nos hemos propuesto hacer su crítica, sino dar al público esta breve noticia, y dirigir al joven autor una palabra alentadora, para que no se detenga en el camino que emprende bajo auspicios tan llenos de esperanzas.

Los Debates publicaron el siguiente juicio:

BIBLIOGRAFIA.

LA PROVINCIA DE CORRIENTES.

« Bajo este título se ha publicado un interesante opúsculo escrito por Vicente G. Quesada, conocido por sus notables discursos sobre los derechos diferenciales. Esta obra merece ocupar igualmente la atención del político, del filósofo, del historiador, del geógrafo, y aun del poeta que solo pide á los libros tradiciones fantásticas y agradables impresiones.

Es un libro que á pesar de no poder llamarse completo, sería de desear tuviese uno igual cada provincia argentina.

La inteligencia está destinada á reanudar el vínculo nacional que los caudillos, la tiranía, la guerra civil y los intereses violentados han alojado.

Los estudios políticos, históricos y económicos de cada provincia serian como otros tantos eslabones agregados á esa interminable cadena de la nacionalidad argentina, tantas veces rota y tantas veces soldada.

¿Quién al inclinarse sobre el libro de la historia común no se enorgullece de ser argentino, y deplora la division á que están condenados los pueblos por las ambiciones bastardas de los hombres?

¿Quién al estudiar sobre el mapa el curso de los grandes rios, no ve que son las arterias de un solo cuerpo, por donde circula el fluido vital de una gran nacion llamada á los mas altos destinos?

¿Quién al estudiar las cifras de la estadística no comprende que la riqueza argentina es solidaria, y que su porvenir está en la armonizacion de los intereses?

Cuando los estudios serios se generalicen, cuando se popularice la historia, la geografía y la estadística nacional, entonces nuevos vinculos morales atarán á los pueblos, de esos vinculos que no se siegan con los cuchillos que cortan las gargantas, y que resisten á la acción disolvente del tiempo. Si esos vinculos invisibles no existiesen, hace mucho tiempo que la nacion argentina habria desaparecido, y presentaría hoy al mundo el espectáculo de Centro América. Media docena de caciques irresponsables robando y matando al mismo tiempo en nombre de la santa federación; largos años de guerra civil y de bárbara tiranía; celos engendrados por la ambición y la codicia vergonzosa de los caudillos federales; derechos diferenciales y tantas otras acciones disolventes, no han sido bastantes para borrar de la mente el recuerdo de la historia; para borrar del territorio la ley física de la nacionalidad, ni para extirpar ese sentimiento que nos hace sentirnos argentinos, toda vez que un libro argentino cae en nuestras manos, manteniendo así el fuego sagrado de la nacionalidad por la vida inmortal del espíritu.

Por eso no puede menos que recibirse con placer la aparición de un libro del género del que nos ocupa, libro nutrido de hechos, producto de observaciones directas, y que á pesar de ser incompleto y carecer de un plan metódico, proyecta una nueva luz sobre nuestra hermana la hermosa provincia de Corrientes.

El libro del señor Quesada se divide en ocho capítulos, de los cuales examinaremos al acaso algunos tópicos interesantes que merecen ser estudiados con detención.

En su capítulo preliminar, que lleva por título *Observaciones generales*, el señor Quesada trata dos cuestiones: primera, la extincion de la raza indígena; segunda, la influencia de las misiones jesuíticas.

El autor ha tratado la primera cuestion con mas filantropía que profundidad, y con la vista fija en las páginas empapadas en lágrimas de Las Casas, ha desviado su atención del país que se propone estudiar.

« ¿Qué queda, pregunta, de esos bravos guaraníes, que fueron tan indómitos bajo Oyola y Domingo de Irala? » Queda Corrientes, le contestaremos nosotros, y no añadiremos que el Paraguay, por no salir del círculo que él se ha trazado en sus estudios. El señor Quesada, que según se ve ha estudiado á los historiadores antiguos, y que no puede desconocer el modo como se formó la colonia, debe saber que en ninguna parte de América la conquista fué menos cruenta que en el Paraguay, y que en ninguna parte se operó la fusion de las razas mas completamente que en el Paraguay y Corrientes. A estas regiones no vinieron mujeres europeas, ó vinieron muy pocas, y todos los conquistadores, empezando por el célebre Domingo Martínez de

Irala, se unieron con mujeres indígenas. Todos los descendientes de los conquistadores heredaron pues la sangre guaraní heredada por las madres americanas, y el pueblo conserva aun su idioma, sus costumbres, y hasta la índole blanda de los pobladores primitivos de aquel vasto territorio. No dejaron mas en Europa los vándalos que la invadieron refundiéndose en los pueblos vencidos, porque es ley de la humanidad que toda raza civilizada y varonil absorba á otra mas atrasada y menos viril.

En Corrientes las razas indígenas no se han extinguido pues por las servidumbres crueles, como parece creerlo el señor Quesada. En ninguna parte fueron mas maltratados y degollados por millares los indios que en el Perú, y en ninguna parte la raza indígena es mas numerosa. Los repartimientos entre nosotros fueron suaves, y antes que Alfaro dictase las célebres Ordenanzas que abolieron los servicios personales, ya el famoso Antonio Luis de Montoya habia conseguido mejorar su condicion.

Por lo que respecta á las razas del Chaco, su extincion es una ley que se cumple. Toda raza nómada está destinada á perecer, y Azara explica además la razon por qué esas razas no se multiplican.

Como una prueba de la impotencia de la raza guaraní para reproducirse y perpetuarse aisladamente, pueden citarse las misiones jesuíticas, cuyo sistema estéril y tiránico critica con acierto el señor Quesada. Allí no hubo cuchillo, no hubo fuego ni mita, ni repartimientos, y los pueblos desaparecieron y las poblaciones se extinguieron. Es que la raza guaraní solo puede salvarse por la fusion, como se ha salvado en el Paraguay y en Corrientes.

El capítulo III y V, en la parte que se contrae á la historia antigua y moderna, ofrece mucho interés y no carece de originalidad. Para su confeccion el señor Quesada parece haber consultado algunos manuscritos que se conservan inéditos en Corrientes; pero por las citas que de ellos hace, se echa de ver que en la parte que se refieren á sucesos de la revolucion, son relaciones fundadas sobre reminiscencias mas bien que noticias históricas que tengan por base documentos auténticos. El autor ha sido mal informado por lo que respecta al gobierno de Pangorria en el año de 1814, cuando le supone una segunda intencion en favor de Buenos Aires, al aliarse á Artigas. Las disidencias con el Congreso, y la disolucion violenta que de él hizo, le obligaron á declarar contra Artigas, despues de haber sido su próconsul.

Algunos otros capítulos de esta obra pueden suministrar por si solos materia para interesantes artículos. Nuestro ánimo no ha sido sino llamar la atención sobre ella, y felicitar á su autor por su trabajo. No es este el único título que tiene el señor Quesada á la estimacion de los argentinos, y nos complacemos en ver brotar una nueva hoja en su guirnalda literaria.

En política, Quesada profesa ideas liberales y de progreso; es firme en sus opiniones, pero tolerante, á fuer de hombre sincero ó ilustrado. Ama con ardor á su patria, pero no se encierra en un círculo estrecho, ni las fronteras le acortan el pensamiento; es partidario de la alianza entre todos los pueblos de la América latina, así como cree en el dogma de la perfectibilidad indefinida de la especie humana, y en la fusion de las razas y el triunfo de las nacionalidades bajo las leyes de la libertad, ó sea de la justicia. Con sano criterio juzga de la situación política de los Estados del nuevo mundo, y ni un falso patriotismo lo ciega, ni le extravía en sus previsiones el espectáculo de nuestras contiendas civiles.

Las producciones literarias de Quesada son sentimentales y sencillas. Ese escritor es mas razonador y filósofo que poeta. Le falta imaginacion, y cuando aborda la literatura se complace en la descripción de los sitios y paisajes. Tiene poco fuego, pero siempre es moral y mesurado. Contemplativo y melancólico, todos sus escritos literarios empiezan con la descripción del sol poniente. *Timon* dice que Lamartine todo lo ve de color azul. Quesada lo ve todo color de gualda, pues siempre está mirando hacia el ocaso.

Los Recuerdos, el Crepúsculo de la tarde, fué publicado en el mes de enero de 1863, en la parte literaria ilustrada del *Correo de Ultramar*. Es una pequeña novela, un reflejo de lo que en Francia llaman romance íntimo, en que la sencillez del argumento está realizada por los nobles sentimientos que se expresan y por el estilo limpio y natural del asunto.

El protagonista de la leyenda, Diego, es un joven que lucha con la pasión, y que teniendo la religion del deber, muere al fin, conservando intacta la herencia de honor y virtud que le legaron sus padres.

Lejos del hogar, es un precioso trabajo, en que el autor recuerda algunos de los momentos pasados de su primera juventud, y en que al mismo tiempo hace el debido elogio de las obras de una distinguida y simpática escritora hija de la provincia de Salta, y que hoy tiene su residencia en las orillas del Rimac — la señora doña Juana Manuela Gorriti.

El Arpa es un artículo descriptivo que se leerá con gusto, y que reproducimos por no ser muy extenso:

« El sol acababa de ocultarse en Occidente hacia largo rato. La luz crepuscular iluminaba las vastas soledades en que nos encontrábamos. Hacia el Oriente la luna se levantaba levemente sobre un cielo despejado y azul.

» Los peones y póstillones aguijoneaban á los caballos

jadeantes, porque deseaban descansar de la larga y pesada fatiga de un viaje de veinte leguas, bajo un sol de fuego y en medio de una seca espantosa, azote del pobre agricultor.

» El carruaje se detuvo al fin: acabábamos de llegar á la posta. Inmediatamente fuimos rodeados por hombres, mujeres y niños, pacíficos moradores de aquel sitio. Una multitud de perros flacos les acompañaba, al parecer habituados á satisfacer su apetito con los despojos de los viajeros.

» Aquellos habitantes hablaban *quichua*, como un signo visible de haber sido conquistados por los incas, cuyo idioma conservan á pesar de la posterior conquista de los españoles, y de encontrarse rodeados por todas partes de pueblos que hablan nuestro idioma. Estábamos en la provincia de Santiago del Estero, pueblo singular por su carácter, por su idioma, por sus gustos y sus costumbres, que aparece en la república como una originalidad antigua, digna de observacion y de estudio. ¿Cuándo, cómo, quién conquistó á los habitantes de este pueblo en los tiempos primitivos?

» Dejemos la cuestion histórica para ocuparnos de las escenas que nos rodeaban; porque despues de un día de marcha y de calor, los viajeros aman la alegría y el descanso.

» Desensillados los caballos, se colocó el carruaje en lugar conveniente, los peones se apresuraron á calentar el agua y á darnos mate, mientras nosotros colocábamos nuestros asientos delante de los ranchos, al frente de los cuales se extendía un piso limpio y endurecido por el continuo caminar de los habitantes de la posta.

» Algunos caballos estaban atados al palenque. Las cabras habian sido recientemente encerradas en el corral, y oíamos claramente el balido de los cabritillos y el ladrido de los perros. Sobre los árboles trepaban las gallinas para dormir.

» Todo tomaba esa actitud tranquila, descansada y perezosa, precursora del reposo de la noche.

» Las santiagueñas vestidas de blanco, se ocupaban de los quehaceres de la casa; poco á poco empezaron á mostrarse las muchachas de los ranchos vecinos atraídas por la llegada de pasajeros. Era una costumbre en aquella posta bailar para entretener á los viajeros, de modo que la llegada de un carruaje era un aviso infalible de danza, que ponía en movimiento á los habitantes de los ranchos vecinos.

» En medio de las santiagueñas y santiagueños, acababa de sentarse un gaucho que templaba con sus toscas manos un arpa melodiosa, cuyas armonías sencillas y melancólicas arrancaba sin esfuerzo del rústico instrumento, pintado de color rojo. Despues de haber tocado largo rato, el santiagueño cantó lo que en estas provincias se llama un *triste*, canto profundamente sentimental, que aun cuando nosotros no entendíamos la letra, éramos impresionados por la manera sentida y la expresión tristísima del cantor.

» Nos encontrábamos alumbrados por una luna clarísima, rodeados de árboles, en medio de aquellas soledades salvajes, entre un grupo de compatriotas, cuyo idioma sin embargo no entendíamos; y nos recordaba las razas primitivas de la América, cuya destruccion ha sido cruel é inevitablemente consumada. Todo esto nos produjo una de esas impresiones misteriosas, pero inolvidables.

» El arpa es un rasgo característico de las poblaciones quichuas en la república; por eso es general en Santiago del Estero, mientras es excepcional ó desconocida en las otras provincias. La guitarra es el instrumento popular en el resto de la nacion, importacion de los conquistadores, que se conservará como una propiedad de los habitantes de las campañas, porque la guitarra es una compañera cómoda de la vida vagabunda del gaucho.

(Se concluirá.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — La corte en Compiègne. — Los usos parisienses transformados. — Progresos del turf en Francia. — Las casas bordadas y el frac negro. — Los cantantes en moda. — Naufragio aéreo del globo el *Gigante*. — Peripecias contadas por los viajeros. — Modas á la orden del día. — Cuatro abrigos. — El dorsay. — La esclavina. — El albornoz y el sobre todo á la inglesa. — Los pantalones. — Los chalecos de felpilla glaseada. — Las corbatas significativas. — Descripción del figurin, que representa trajes de invierno.

La corte acaba de instalarse en Compiègne, donde debe haber grandes cacerías, conciertos y bailes. El regreso del mundo elegante y aristocrático se encuentra pues aplazado todavía. Los usos parisienses se han transformado completamente. En otro tiempo las campanas de Todos Santos anunciaban el regreso, que hoy no se efectúa hasta la última quincena de diciembre. Y aun hay muchos que adoptan la costumbre de pasar el día de Año nuevo en familia; es un buen medio para evitar los aguinaldos, este de permanecer en las moradas campestres.

Las carreras de otoño han venido á probar que la pasión del turf hace en Francia grandes progresos. Mas de un sportman de nombre aristocrático ha hecho el oficio de jockey en las carreras de la Marche y de Vincennes.

Es verdaderamente deplorable que la fashion parisiense se obstine en conservar la casaquilla corta, el sombrero de copa alta y el pantalon con trabillas para estas solemnidades hípicas. ¿Porqué no se adopta un traje particular, que cada gentle-

man variaría según su gusto? De aquí resultaría una originalidad encantadora, en vez de una monotonía insípida.

En la apertura de las cámaras me he convencido de que las casacas bordadas no chocan tanto como se supone, y que se haría muy bien en volver á usarlas, si no para las ocupaciones diarias de la vida, al menos para ciertos casos excepcionales.

La sonora palabra de igualdad que pretendía poner á los hombres todos bajo el mismo nivel, ha producido que cada cual trata de engañar al prójimo queriéndose hacer pasar por lo que no es.

En otro tiempo cada traje designaba la clase y categoría del que le llevaba. Había una gerarquía de casacas, de bordados y de espadas, y cuando se hablaba con un noble, se sabía cómo era preciso tratarle. Hoy todo es igual. El frac negro y la corbata blanca mas son una librea que un traje.

Y sin embargo, no hay otro vestido oficial para bailes, casamientos y visitas de ceremonia.

Mientras se abren los salones no se habla mas que de los artistas italianos madama Lagrange, la Patti y Fraschini, el tenor á la moda, así como tambien del naufragio aéreo del globo el Gigante.

Ya los viajeros están en París, incluso Nadar y su señora, amiga mia, á quien he visitado. Madama Nadar que se halla en su lecho de dolor, me dijo que el desastre tuvo lugar con tanta rapidez, que no tuvieron ni tiempo de dar un grito cuando se halló ya volcada la navicilla.

M. E. de Arnoult, uno de los viajeros que mas suerte han tenido en este lance, ha escrito una relacion aterradora.

«A eso de media noche, dice, estábamos en Holanda.

Subimos mucho, pero nos fué preciso bajar para ver al menos dónde estábamos: el cielo nos habia hecho olvidar la tierra, y nos fué imposible precisar el punto en que nos hallábamos.

Esto hacia la posicion crítica: en lo profundo se extendian pantanos, y á lo lejos se oia rugir el mar. Arrojosamos lastre y subimos hasta perder de vista la tierra. ¡Qué noche! Nadie durmió, como debéis suponer, porque la idea de ir á caer en el mar nada tenia de agradable, y fué preciso cuidar de efectuar el descenso. La brújula me indicaba que marchábamos hacia el Este, es decir, hacia Alemania. Por la mañana, despues de un frugal desayuno hecho en las nubes, volvimos á bajar: á nuestros piés se extendía una inmensa llanura; las aldeas nos parecían juguetes de niños y los ríos arroyos. El sol resplandecía sobre toda aquella extension.

A eso de las nueve llegamos junto á un gran lago, y procurando orientarme anuncié que estábamos en el extremo de Holanda, junto al mar. Fué preciso tomar tierra para proveernos de lastre; pero hacia un viento tan terrible, que en pocos segundos quedaron rotas nuestras anclas, á pesar de sus enormes garfios de hierro. La válvula habia vuelto á cerrarse, y el globo, que no podia ya levantarnos, emprendió una carrera violenta. Nos elevamos de 20 ó 30 metros para caer en seguida con una fuerza inaudita. Poco á poco el globo cesó de elevarse y la barquilla cayó de costado. Entonces principié una furiosa carrera que hacia desaparecer todo ante nosotros: árboles, matorrales, barreras, todo caía destrozado por nuestro choque. Tan pronto nos hundíamos en un lago como cruzábamos un pantano cuyo cieno nos salpicaba los ojos. Encontramos una vía férrea á la sazón que pasaba un tren: nuestros gritos lograron detenerlos, pero arrancamos los hilos y los palos del telégrafo.

Un momento despues vimos á lo lejos una casa encarnada hacia la cual nos empujaba el viento, y contra la que íbamos directamente á estrellarnos.

Entonces Julio Godard realizó un acto sublime de heroísmo: subiése por las cuerdas, cuyos sacudimientos eran tan terribles que por tres veces cayó encima de mí, y logrando coger la cuerda de la válvula de escape dió salida al gas, impidiendo que el globo pudiera ya levantarse; pero este seguía corriendo siempre en línea horizontal con una rapidez espantosa. Cuando se presentaba algun árbol, hurtábamos el cuerpo y el árbol caía roto en tierra; pero entre tanto el globo se iba deshinchando, y como la llanura que atravesábamos tuviera algunas leguas mas, estábamos en salvo. De pronto se presenta en el horizonte un bosque, y fué preciso saltar en tierra á toda costa, porque de seguro la barquilla iba á hacerse pedazos en los primeros árboles. Lancéme fuera, di no sé cuántas vueltas y caí de cabeza. Despues de un minuto de aturdimiento pude levantarme: la barquilla estaba ya lejos. Con auxilio de un palo me arrastré por el bosque, y despues de dar algunos pasos oí gemidos. Saint-Félix estaba tendido en tierra horriblemente desfigurado: su rostro era una pura llaga. Tenia un brazo roto, el pecho lleno de rasguños y un tobillo dislocado: la barquilla habia desaparecido en el bosque salvando un río. En esto oigo un grito. Nadar estaba tendido en tierra con una pierna dislocada: su mujer habia caído en el río, y otro compañero estaba tambien estropeado. Nuestros primeros cuidados los consagramos á Saint-Félix, á Nadar y á su mujer.

Queriendo prestar auxilio á esta última estuve á punto de ahogarme, pues caí en el agua, donde desaparecí. Sacáronme al fin, y noté que este baño me habia sentado bien.

Con auxilio de los habitantes se organizaron los primeros cuidados. Trajéronse carruajes y llegamos así á Ruthem, en Hanover. En 17 horas habíamos caminado cerca de 250 leguas. Nuestra carrera infernal devoró un espacio de tres leguas, y ahora que todo ha concluido, siento estremecimientos.»

Aquí concluye la relacion del viajero. El rey de Hanover envió un ayudante á los aeronáutas, que fueron recogidos y llevados á la fonda de la Union de Hanover, donde se les prodigaron los cuidados mas solícitos.

M. Nadar y su señora han venido á París en wagones-camas, y su estado continúa mejorando todavía.

Pasemos ahora á las modas á la órden del día. Hay varios modelos de abrigos.

1º El dorsay de talle largo, con una doble hilera de botones, un ancho cruzado sobre el pecho y delanteros de una sola pieza.

2º La esclavina, prenda muy ancha y comfortable, especie de paletó-saco, que se hace de tela gruesa y acolchada. A falta de elegancia, es una prenda muy cómoda que se usa por la noche para teatro, y que se deja en cualquier parte.

3º El albornoz, que acaba de hacer su reaparicion estos últimos dias con aceptacion de la gente elegante.

Es una capita, ó mejor dicho, una rotunda que no es enteramente redonda, con ojales en el delantero. Quizá destronaría á la esclavina si dejase libre el juego de los brazos.

4º El sobretodo á la inglesa, con tres costuras que dibujan ligeramente los contornos, por medio de embebidos sobre los lados.

Todas estas prendas tienen mangas anchas y un cuellecito cubierto de terciopelo ó de seda.

Regularmente se respuntean al rededor; pero tambien se les pone ribetes de pelo de cabra ó de terciopelo, lo que es muy lujoso, pero poco sólido.

Nada nuevo en cuanto á los pantalones.

Continúa la forma derecha con cierta anchura, aunque por abajo la pierna se estrecha para no cubrir el pié.

Los pantalones de paño color blondina están muy á la moda entre los señores de la fashion.

Los chalecos y las corbatas son de mucha vista. El chaleco de felpilla de dos colores está muy en boga. No hay guapo mozo que no posea un chaleco de felpilla blanca glaseada rosa, y otro malva con glaseado amarillo.

La corbata está llena de significaciones.

Otro dia daré su fotografia sentimental y provocadora, para que veais si una articulista de modas sabe hacer, cuando el caso lo exige, estudios filosóficos.

Ahora voy á describir el figurin de este número.

El primer personaje lleva un traje de mañana muy comfortable para los primeros dias del invierno.

Paletó de chinchilla bronceado de corte inglés, con una sola hilera de botones. Chaleco cruzado y pantalon de paño mezclilla negra.

Sigue otro traje de dia compuesto de una levita de paño verde ó azul oscuro con cuello de terciopelo. Esta levita solo tiene tres botones.

Chaleco de felpilla color canela, cortado derecho y alto, sin cuello, y ribeteado con un galon de seda. Corbata de seda malva, con alfiler de oro y amatista, pantalon gris rayado y guantes paja.

La tercera figura lleva un vestido de invierno muy comfortable, que parece un paletó-saco por su corte y una esclavina por su vuelo.

El interior se forra de seda y se acolcha.

Debajo se puede llevar una levita ó un frac. Por la corbata asoma una bufanda blanca prendida con un alfiler de oro. Pantalon gris y negro y guantes de piel de perro, género inglés.

El último traje es el de un niño de cinco á seis años.

Compónese de un justillo de terciopelo granate que cierra derecho sobre el delantero con una hilera de botoncitos. Como este justillo es largo y se abre desde el talle, forma como una especie de faldeta sobre el talle que rodea un cinturón de cuero. Mangas de una anchura ordinaria con altas bocamangas guardnecidas con tres botones.

A este justillo acompaña una falda corta escocesa fruncida en la cintura. Medias escocesas y pantalon hasta las rodillas guardnecido de guipure.

En la cabeza gorrita de terciopelo negro con lazo de terciopelo en el lado, lazo que se suele reemplazar con una hebilla de ace-

ro ó una plumita encarnada. Guantes perla bordados de negro, y zapatitos de charol con botines.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

El conde de Ornano,

MARISCAL DE FRANCIA.

El 13 de octubre falleció en el hotel de los Inválidos, cuyo gobernador era, el conde de Ornano, mariscal de Francia y senador, y uno de los hombres que mas se han distinguido por su fidelidad á la dinastía de Napoleon. Nació en Ajaccio el 17 de enero de 1784, y tenia por consiguiente cerca de ochenta años.

Sus servicios militares se caracterizan por las fechas siguientes:

A los diez y seis años era allérez de dragones é hizo la segunda campaña de Italia.

A los diez y nueve años marchó á la expedicion de Santo Domingo, y volvió de ella á los veinte mandando el batallon de cazadores corsos.

El año 1805 fué condecorado en Austerlitz con la cruz de oficial de la Legion de Honor, y despues de la batalla de Jena, se le confirió el mando del 25º de dragones y tomó parte en la guerra de Polonia.

En 1809 hizo la campaña de España bajo las órdenes de Ney; forzó el paso del Navia, y en el combate de Alba de Tormes se apoderó de cuatro cañones.

El año 1811 fué ascendido á general de brigada. En 1812 se encontró en Rusia, donde se distinguió en los combates de Ostronow y Mohilew, y nombrado general de division, mandó toda la caballería italiana en la batalla de Moskowa.

En la desastrosa retirada del ejército francés estuvo á punto de perder la vida, pues gravemente herido, habria perecido infaliblemente si el emperador no le hubiese dado un asiento en el único coche que le quedaba. Defendió hasta el fin la causa del imperio, y fué uno de los mas intrépidos en la campaña de Francia.

En 1815 se adhirió de los primeros al restablecimiento del imperio, despues de la vuelta de Napoleon de la isla de Elba, por cuyo motivo, en la segunda restauracion fué preso y desterrado á Bélgica. Habiendo regresado á Francia en 1818, no tomó parte alguna en los acontecimientos contemporáneos; pero en 1830 se adhirió á la monarquía de Julio y fué nombrado sucesivamente jefe de la cuarta division militar y par de Francia.

Despues de la revolucion de 1848 fué designado para el mando de la 14ª division, pero no aceptó este puesto y volvió á la vida privada.

Los electores del Indre y Loire le enviaron como representante á las dos Asambleas constituyente y legislativa.

El 26 de enero de 1852 fué nombrado senador y poco despues gran canciller de la Legion de Honor, cuyas funciones desempeñó hasta que por fallecimiento del principe Gerónimo ocupó el puesto eminente de gobernador de los Inválidos. El conde de Ornano, gran cruz de la Legion de Honor, ascendió al empleo de mariscal de Francia el 2 de abril de 1862, despues de haber ejercido por espacio de mas de medio siglo las funciones de general de division.

El 19 de octubre de los Inválidos anunció la ceremonia de los funerales.

En la explanada, al frente del edificio, estaban las tropas que debían tomar parte en la ceremonia; en el patio exterior se hallaban los inválidos sin armas, y en el patio de honor habia otro destacamento con picas formando la carrera.

La iglesia se hallaba enteramente colgada de negro; debajo de las galerías reservadas para las señoras, se veían escudos con las armas del difunto, su cifra y los nombres de las principales batallas á que habia asistido.

El cuerpo, que estaba depositado en uno de los ángulos de la iglesia trasformado en capilla ardiente, fué llevado, un poco antes de las doce, á un rico catafalco coronado con un dosel suspendido de la bóveda del templo.

Las diputaciones de los diferentes cuerpos constituidos y las personas convidadas se colocaron en la nave. Despues del servicio, el féretro, llevado á un carro de seis caballos que esperaba en el patio, fué dirigido hacia la explanada, precedido de un destacamento de antiguos soldados y del clero.

A los cuatro extremos del carro iban los mariscales Regnault de Saint-Jean-d'Angely, Randón, Vaillant y Magnan; dos maestros de ceremonias llevaban en almohadones, el uno el baston de mariscal de Francia, y el otro las condecoraciones y el sombrero; despues se veía el caballo de batalla del difunto, y seguían el conde Rodolfo de Ornano y el conde Walewski con el manto de luto, el general Waubert de Genlis y el marqués de Chaumont-Guitry que representaban al emperador, el coronel de Franconiére en representacion del principe Napoleon, los ministros, las diputaciones del Senado, del Cuerpo legislativo, del consejo de Estado, del ejército, de la marina, del cuerpo diplomático, etc., etc.

Llegado delante de la verja, se paró el carro y comenzó el desfile de las tropas mandadas por el general de division Soumain, comandante de la plaza de París; al fin del desfile el cortejo volvió al patio de los Inválidos, y el cuerpo fué bajado á la bóveda reservada á los mariscales. Se hicieron dos salvas de artillería, una al principio de la ceremonia, y otra cuando salió el cuerpo de la iglesia.

R. S.

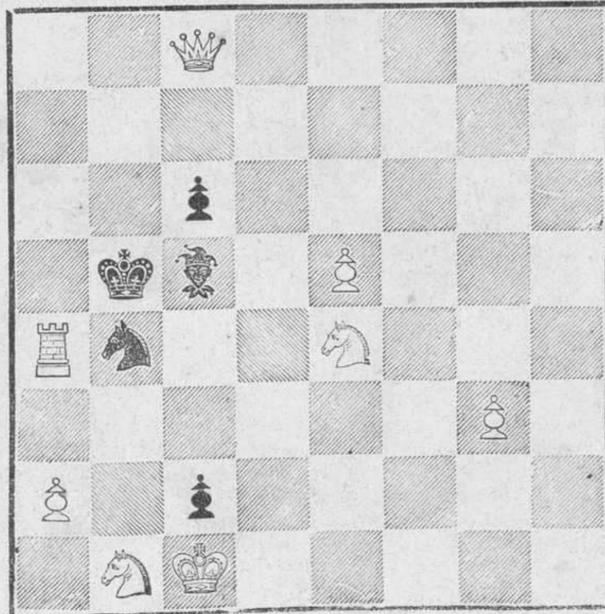
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 85.

- | | | |
|---|-------------------------------------|----------|
| 1 | Ra 8ª TRª | C 4ª ARª |
| 2 | Ra casilla TRª | T 6ª CRª |
| 3 | T 3ª Ra jaque | T come T |
| 4 | Ra come C | |
| 5 | Ra casilla TRª ó T 3ª R jaque-mate. | |

PROBLEMA NUM. 86, POR M. E. KIDSON.

NEGRAS.



Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

Los Editores-Proprietarios responsables:

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipog. de J. Best, calle St-Maur-St-Germain, 15.



Funerales del mariscal conde de Ornano en la iglesia de los Inválidos.